Manuel Andrés Igual

Aviso a las Solteras





COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno, y un gran número de sainetes, entremeses, y unipersonales y piezas en un acto.

...dias que se hallan de venta en la librería de Cuesta calle Mayor.

...bre el ojo ó Aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ò la comedia nueva.
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama.
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungría.
Hijos de Edipo ò Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Monstruo de celos.
Mágico de Salermo
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey
Misantropía y arrepentimiento.
Monstruo de la fortuná.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
No puede ser guardar una muger
Otelo ó moro de Venecia (tragedia
Pintor fingido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave-María.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

AVISO A LAS SOLTERAS,

Ó SEA

EL JOVEN SENSATO

Y

Los Lechuguinos calaveras.

COMEDIA DE COSTUMBRES,

ESCRITA EN ITALIANO POR EL AUTOR DE LAS HERRERIAS DE MAREMA Y ARREGLADA PARA EL TEATRO ESPAÑOL

Por

D. M. A. Y.



BARCELONA.

Imprenta de Saurí y Compañía.

1831.

PERSONAS.

Virginia de Valverde, bajo el nombre de Hermenegilda de Albrun.
Amalia, su camarera.
Alberto Blumer, padre de
Domicio, jóven sensato.
Delté. }
Lamote. } Lechuguinos calaveras.
Jevré, }
Crispin, zapatero, que vive en un cuarto piso.
Susana, su esposa.
Ron, cafetero del café del Fénix.
Criados y camareras de Virginia.

La escena pasa en Paris.
El primer acto en el café del Fénix.
El segundo y el tercero en casa de Crispin.
El cuarto en casa de Virginia.

Con licencia. Barcelona: Imprenta de Saurí y Compañía, calle de Escudellers. Setiembre de 1831.

AVISO A LAS SOLTERAS,

ó SEA

EL JOVEN SENSATO.

ACTO I.

Sala de café, con mesas, sillas, etc.

ESCENA I.

Crispin y luego Ron.

Crisp. ¡Ola, una taza de café. (*Sale y siéntase*).
Ron. Ahora acabamos de abrir. Si quereis aguardar un ratito, se os servirá en un instante.
Cris. No traygo prisa.
Ron. Voy pues á mandarlo preparar. (*Vase.*)

ESCENA II.

Crispin solo.

Crisp. ¡Tarde abren en este café! mas ¿qué me importa? una vez que me han dejado solo, vamos á mi objeto. A ver si podré dejar por ahí estos anuncios, sin ser visto. (*Se levanta, saca unos impresos de la faltriquera, y mirando si le ven, deja uno en cada una de las dos mesas mas distantes. Luego vuelve á sentarse con disimulo.*) ¡Eh!...

Ya está hecho. ¡ Vaya !.... ¡ Qué deseos tengo de ver el resultado ! la estravancia me parece de las mas particulares. Yo, por ningun estilo me daré á conocer por el repartidor da tales impresos. — ¡ Pero qué tonto eres, Crispin ! ¿ Acáso no podrá congeturarlo al instante el cafetero ? ¡ Toma ! Cuando llegué, no habia nada en las mesas ; nada absolutamente.... Ahora.... Vamos. La cosa está entendida. Aquí no hay escape. Mejor será que me vaya. No, no : seria una accion fea. ¿ Y si me preguntan algo ?... Mentira al canto. Diré que un chico acaba de traerlos. Mentira es esta esta, que no hace daño á nadie. Y luego.... Ya se ve ; Desde que estoy casado, con el egemplo de mi muger, y los lances de mi oficio de zapatero, he tenido que aprender á mentir con tanto descaro, que nadie me lo conoce.—Alguien llega.

ESCENA III.

Lamote y dicho, y luego Ron.

Lam. ¡ Buenos dias !.... (*Se sienta junto á la mesa.*)

Crisp. Dios os los dé buenos.

Lam. Café. (*A Ron, que ha salido.*)

Ron. Lo están haciendo.

Lam. ¡ Hombre ! ¡ Van á dar las siete, y aun no lo hay hecho!

Ron. Como nos acostamos tan tarde, es imposible tener las cosas en órden mas pronto.

Lam. Pereza, hombre, pereza y nada mas. Bien sabes que casi siempre soy el último en irme de aquí.

Ron. Si señor y luego el primero en volver.

Lam. Saca pues, por consecuencia, quien de entrambos es mas poltron.

Ron. No me avergüenzo de confesarlo. Despues de haber estado trabajando todo el dia, me gusta mucho el reposo de la cama. Si yo fuese caballerito, como vos, no me levantaria hasta las diez, ó las once de la mañana.

Lam. ¡Linda cosa! ¿Y qué se disfruta, durmiendo?

Ron. Ni se disfruta, ni se padece.

Lam. ¡Pobre compensacion!

Ron. Segun vuestro modo de pensar.

Lam. Segun el de todos los que saben apreciar los placeres de la vida. El que duerme, amiguito, es lo mismo que si no existiese. Por egemplo, si yo no me hubiera levantado temprano, no habria tenido el gracioso lance que acaba de sucederme. A pocas calles de esta, vi en el balcon de cierta casa á una muger, así algo ordinariota, pero muy guapa. ¡Qué ojos! ¡Qué garganta! ¡Qué cuerpo! La saludé, me contestó con agrado: le hice señas para que abriese le puerta; ella al punto tiró de la cuerda, y yo me encajé escalera arriba.... ¡Oh qué bocado! ¡Qué muger! ¡Qué palmito!

Ron. ¡Alabo la franqueza! Pero sin duda la conoceriais de antemano.

Lam. Que me emplumen, si la habia visto en mi vida.

Ron. Entónces será alguna de esas buenas alhajas, que han dado un puntapie á la vergüenza.

ESCENA IV.

Dichos y Jevré.

Jev. Abur, Lamote.
Lam. Adios, Jevré.
Jev. Ron, café.
Lam. Aguardo tambien que lo traigan.
Jev. Lo tomarémos juntos.
Ron. Voy á ver si está hecho ya. (*Vase.*)

ESCENA V.

Dichos ménos Ron.

Jev. ¿Quién es este hombre? (*Señalando á Crispin, que estará sentado junto á una mesa del lado opuesto.*)
Lam. Lo ignoro.
Crisp. Me miran con mucha atencion.
Jev. No le he visto jamas en este café. Será algun forastero.
Lam. Acerquémonos á él y preguntémoselo.
Jev. Vamos. (*Se levantan y pasan á la mesa de Crispin.*) Buenos dias.
Crisp. Buenos dias.
Lam. Sois forastero?
Crisp. No señor.
Jev. ¿Con qué de Paris?
Crisp. Tampoco.
Lam. ¡Ni forastero, ni de Paris! Esa si que es buena!
Crisp. Buena ò mala, es así como suena.
Jev. No lo penetro.
Crisp. Nací y fui criado en un lugarcito de

provincia ; pero hace muchos años que me hallo domiciliado aquí. Con que no soy de Paris, ni forastero.

Lam. Teneis razon. Doyme por convencido.

ESCENA VI.

Ron y dichos.

Ron. El café está pronto.

Jev. Lo tomarémos en compañía de ese buen hombre.

Lam. Si no le sabe mal.

Crisp. Antes lo aprecio. (*Ron echa café.*)

Jev. ¿Como os gusta?

Crisp. Algo dulce. (*Le echa mucho azúcar.*)

Ron. Este no toma café con azúcar, sino azúcar con café.

Crisp. ¡Voto al demonio! (*Habiendo tomado un gran sorbo de café, se quema y lo escupe.*)

Jev. ¿Qué ha sucedido?

Crisp. Que me he abrasado el paladar y la lengua. Este maldito café está hirviendo.

Lam. Será este algun original. (*A Jevré.*)

Jev. Si es así, nos divertirémos con él. (*A Lamote.*)

Lam. Por el trage parece persona decente.

Jev. ¿No le ves callos en la manos?

Lam. Es verdad. No habia reparado.

Jev. ¿Y un hombre de su clase se atreve á venir á nuestro café?

Lam. Le harémos pagar el noviciado.

Jev. Déjame hacer. Ay! (*Le vierte la taza en la mano.*

Crisp. Ay! Ay! Ay! (*Grita por el dolor.*)

Lam. ¿Qué ha sido esto?

Crisp. ¡Qué diantres! ¿No teneis ojos para ver lo que haceis, ni manos para aguantar una taza?

Jev. ¡Lo siento infinito! Perdonad, ha sido una desgracia.

Crisp. Pronto, agua.... ¡Ay qué escozor!..... ¡Ay! Ay!

Jev. Cafetero, vale mas que traigais vinagre, ceniza y un poco de manteca de vaca.

Crisp. ¿Y para qué?

Jev. Para hacer un cataplasma y bendaros la mano.

Crisp. No, no: gracias, gracias.

Jev. Ya que hice el mal, quiero curarlo. Pronto, Cafetero.

Ron. Voy corriendo. (Las locuras empiezan temprano. Ya está fresco este pobre diablo con tales pajaracos.) (*Vase.*)

ESCENA VII.

Dichos ménos Ron.

Lam. La quemadura está muy encarnada.

Jev. Sin un emplasto prontamente aplicado, levantaria ampolla luego.

Crisp. ¡Mal haya el momento en que me dió la gana de tomar café!

Lam. ¿No lo habiais tomado nunca?

Crisp. Muchas veces; pero mi acostumbrado almuerzo es pan, tocino y buen vino.... ¡Ay como escuece!

Jev. Aprisa, aprisa, cafetero.

Lam. Pronto, pronto: de lo contrario no

llegariamos á tiempo de impedirle la hinchazon.

Crisp. ¿ Hablais de veras ?

Jev. Mira, mira, Lamote, como se levanta la piel.

Crisp. ¡ Pobre de mi !

Jev. No solo se levanta, sino que tambien se coagula.

Crisp. ¿ Qué es eso de coagularse ?

Lam. ¡ Qué diantres estás charlando, majadero ! (*A Jevré.*)

Jev. La paralísis está muy próxima. (*Siempre con aire de verdad é interes.*)

Crisp. ¿ La para.... qué ?

Jev. La paralísis.

Crsip. ¡ La paralísis ! (*Casi llorando.*)

Jev. Pobre de vos, si esto sucediese ! No hay en el mundo quemadura mas dañosa que la de café de Moca. Del carpio pasa al metacarpio, de allí al esfínter, y luego á bajo por la espina dorsal. ¿ No me comprendeis ?

Crisp. Yo, no señor.

Jev. Paciencia. (Ni yo tampoco.) ¡ Cuántas desgracias no han sucedido por quemaduras de esta naturaleza ! He tenido que curar á muchísimos, con harta pena mia : digo con harta pena; porque al cabo y á la postre los mas han quedado estropeados, por haberme llamado demasiado tarde.

Crisp. ¡ Canario !

Lam. ¡ Maldito charlatan ! (*Riendo aparte.*)

Crisp. Por Dios, socorredme presto.

Jev. No os aflijais, buen hombre ; el mal es reciente, y con facilidad se podrá remediar.

Crisp. ¿ Si ? ¿ De veras ?

ESCENA VIII.

Ron con un emplasto, y dichos.

Ron. Aquí está el emplasto puesto en un pedazo de cuero.

Jev. Animo. Desnudad el brazo dañado: á fuera la manga.

Crisp. ¿Y podré hacerlo?

Lam. Nada hay imposible en este mundo.

Jev. Yo os ayudaré. Dejadme cojer el cabo de la manga. Así. (*Lo ejecuta.*)

Crisp. Ay! ay! ay!

Jev. Ya está desnudo el brazo. Venga el remedio. Bueno. Ahora (*Se lo pone*) falta algo para bendároslo. ¿Teneis en las faltriqueras algun pañuelo blanco?

Crisp. Uno tengo, pero es de color.

Jev. Guárdeme el cielo de cometer semejante tontería. (*Con mucho tono*) *Calor veneficus est ad quematuram.* Así lo dice Hipócrates en sus tratados farmacéuticos, médicos, botánicos, históricos.

Lam. Jesus! Jesus! ¡Cuánto disparate garrafal ensarta!

Jev. Dame el tuyo, por un rato, Lamote.

Lam. De buena gana. Tómalo. (*Se lo da.*)

Jev. Dos vueltas y un ñudo bien firme es lo que basta. (*Le benda el brazo.*)

Crisp. Poco á poco, por Dios.

Jev. Ya está aplicado el remedio.

Crisp. ¡Gracias á Dios! ¿Y ahora?

Jev. Ahora, estarse quieto ahi por un rato, sin menearse; porque de lo contrario, el remedio seria intempestivo.

Lam. Ciertamente. ¡Toma! quemadura de café, y no digo nada, de café de Moca!

Crisp. Pero vos me haceis temblar de miedo.

Jev. Sentaos en esta silla de brazos, y manteneos inmóvil por un rato, á fin de que la agitacion no introduzca (*Le sienta en medio de la tienda*) la sangre en el epidérmis. La pierna izquierda deberia igualmente estar bien colocada. Ponedla en esa otra silla, y no os meneeis sobre todo.

Crisp. ¿Así, señor? (*Lo hace con prontitud*)

Jev. No tan aprisa. Poco á poco, por Dios, si os interesa la vida.

Crisp. No me asusteis.

Lam. Cuidado con los sustos; porque un alboroto de sangre podria podrucir un exvasamiento en la hiel y resultaria, de esto la hictericia.

Jev. Añadid que los broncos, y la esperalteria, diques muy débiles de los intestinos rectos, impelidos por los nervios pancreáticos, fuente y reservatorio del espanto, dando en la laringe, podrian en ménos de un abrir y cerrar de ojos envasarse horriblemente, y llenarlos de tumefacciones, dejándoos lo mismo que una bota.

Crisp. ¡Pero hablais de veras! ¡Dios mio! (*Asustado.*)

Jev. En circunstancias como estas no tienen lugar las chanzas.

Crisp. ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí!

Bon. ¡Habrá locos mas locos que esos dos! ¡Ni majadero igual á ese otro! Estoy que rebiento de risa.

ESCENA IX.

Dichos y Delté.

Del. Buenos dias, amigos.... ¿Qué es aquello?.... ¿Habeis hallado ya algun original?
Lam. Calla, y diviértete con nosotros.
Del. Entiendo. Café.
Ron. Voy. (*Vase y vuelve con café.*)
Del. ¿Tiene algun mal ese hombre?
Jev. Y grande! una quemadura de café de Moca le está infectando las venas. (*Con tono enfático.*)
Del. Lo siento. ¡Pobrecito! ¡No es nada! (*Idem.*)
Jev. Pero confiamos que curará; porque el remedio ha sido aplicado con tiempo.
Del. Entónces hay esperanzas de que cure pronto. — ¿Qué noticias corren esta mañana?
Lam. Hasta ahora no se ha oido cosa que valga la pena de contarse.
Del. Yo os diré pues una y buena.
Lam. ¿Interesante?
Del. Para mí muchísimo.
Jev. ¿Y para nosotros?
Del. Así, así.
Lam. Esplícate, vamos.
Del. Que mi padre se ha empeñado en casarme. ¿Qué tal?
Jev. Me figuro que no serás tan majadero, que consientas.
Del. ¿Porqué no? La señorita que se me propone es jóven, hermosa y rica.
Lam. Como se llama?
Del. Aun estoy por saberlo.

Lam. ¡ Bravo !
Jev. La circunstancia de ser rica es una cosa esencial y muy agradable; pero la segunda....
Del. ¿ Desprecias acáso la hermosura ?
Jev. Mucho me gustaria en una amiga; pero poquísimo en quien hubiese de ser mi esposa.
Del. Opinion es esta muy estraña, y sobre todo, muy caprichosa.
Jev. ¿ Y las consecuencias del matrimonio, mi buen Delté, no te intimidan tampoco ?
Del. ¡ Las consecuencias del matrimonio ! Vamos: indícame algunas así por encima, y te contestaré !
Jev. ¡ Hombre ! ¡ Te indicaré tantas! Primeramente cuenta con los cuydados domésticos, que hasta ahora te son desconocidos, y que van á caerte encima, luego de casado: otro si, las desavenencias y discordias, siempre inevitables en una casa, ya por zelos, ya por esto, ya por esotro.... la pérdida de la libertad, y lo que es peor todavia esa monotonía cruel de vida, que nunca acaba. ¿ Qué tal ?
Lam. Añade á esto que los amigos se van alejando al momento, que los pasatiempos deliciosos se acabaron.
Jev. Que en los paseos siempre tendrás que ir en compañía de tu señora parienta....
Lam. En el teatro siempre con ella....
Jev. A la hora de comer....
Lam. Con ella en casa....
Jev. A la de cenar....
Lam. Con ella en casa....
Jev. Luego de haber cenado con ella en la

cama hasta el dia siguiente, hoy lo mismo, mañana, pasado mañana, y otro, y otro, siempre siempre la mismísima cancion. ¡Ah! Bien haya la variedad! Delicioso ídolo de la gente jóven, tú serás siempre el mio.

Crisp. Digo, que habla muy bien el señor doctor.

Lam. Oye, Delté; te dirá alguno de tus antiguos amigos. ¿Sabes que esta noche hay bayle particular en tal ó tal casa? Sabes quien concurre á él? Julia, Clotilde, Eugenia y la graciosa Sofia. — ¿Quieres ser de la partida?

Jev. Ah! No puedo. (*Suspirando*)

Lam. ¿Por qué:

Jev. Porque luego mi parienta podria decir....

Lam. Mañana en la casa de campo de Mr. Delpont hay un banquete de amigos; y entre las convidadas hay una porcion de buenas mozas, antiguas conocidas tuyas. ¿Quieres venir Delté?

Jev. ¡Ah! Mi esposa despues....

Lam. ¿Sabes Delté, que Tulcron, Teran, Salin, Corú y otros muchos salen mañana en la diligencia para Leon, en donde va á representarse la semana que viene una bellísima ópera nueva? *¿Quieres ser uno de tantos?*

Jev. Mi esposa haria....

Crisp. ¿Y qué haria? ¿Qué diria? ¿Qué podria hacer? ¡Caramba! Esto es ya demasiado. ¡Qué hombres son ustedes! Las mugeres no deben tener derecho de decir, hacer, mandar, ni impedir á sus maridos, á no ser que sean estos unos majaderos.

Jev. ¡Bueno! ¿Pero si se oponen á los planes del esposo?

Crisp. Se les da de palos.

Jev. ¿Y luego?

Crisp. Se va á Leon.

Jev. ¡Ya! Y al volver á casa, todo son malas caras.

Crisp. Entónces palo.

Jev. La parienta llora.

Crisp. Y yo palo.

Jev. Ella pateletas y convulsiones.

Crisp. Y yo palo y mas palo.

Lam. ¡Viva la abundancia!

Crisp. Mi opinion es esta: palo, palo, y siempre palo para esos muebles sin seso. No hay remedio mas eficaz.

Del. Buen hombre, entre vosotros el palo está en uso, ya lo sabemos; pero entre personas de nuestra clase no es aplicable.

Crisp. ¡Toma! Los hombres de vuestra clase tienen lo mismo que nosotros brazos y manos para dar; y las damas buenas asentaderas para recibir, lo mismo que nuestras esposas.

Del. Si; pero los miramientos sociales.... Ya veis.... la vecindad misma, y la ciudad entera se opondrian á tal proyecto.

Crisp. En mi casa nadie manda sino yo. Yo soy el amo.

Lam. Amigo Delté, aun no te hemos indicado las circunstancias mas lastimosas del matrimonio.

Del. ¿Cuales son pues?

Crisp. Los hijos. Eh!

Jev. Cabalmente. ¿Cómo os llamais?

Crisp. Crispin.

Jev. Viva Crispin!

Lam. El cuydado de su educacion, el deseo, natural en todo padre, de dejarles bien colocados, los recelos que traen consigo sus travesuras.

Cresp. Habeis todavia olvidado lo mas esencial.

Lam. ¿Verbi-gracia?

Cresp. Su infancia, señores mios, su infancia. *Papá.... la papa. Mama la caca....* Uno quiere correr en un caballito de madera, con su látigo; otro aturde la casa con un tambor ó un silvato; otro corre en un carrito de madera, otro rompe vidrios con el trompo, ó la pelota. La niña pide la muñeca, la escofieta, el abaniquillo.... Todos están por algunas horas muy ufanos con el regalo que papá les hace, despues se lo truecan unos con otros, luego los abandonan, los rompen, y llenan con esto la casa de muebles inútiles. Pasándose el dia, como el diablo quiere, entre los pensamientos de los cuidados domésticos, y demas fastidiosas tonterías, viene finalmente la noche, siempre tardia para el cansado padre de familia. Acuéstase este, y apénas enpezaba á descanzar, al lado de su adorada mitad, cuando uno de los chiquillos se pone á gritar *papá, Enrique me pellizca.—No hay tal: él es quien me araña*, responde el otro. *Callad, bribones*: dice el padre, *y dejadme dormir*. A la ronca voz del enfadado Antonio, Pedro,[a] ó como se llame el buen marido, despierta el niño de teta, y empieza á llorar, güé, güé, güé, y siempre güé, hasta que el alba, con sus benéficos rayos, vuel-

va á iluminar por las rendijas de las ventanas la cámara musical.

Jev. ¡Bravo! bravo nuestro Crispin!

Del. Cápitulo de otra cosa, que esta empieza ya á fastidiar. Aquí están los papeles públicos. (*Toma uno de los impresos.*)

Crisp. Ah! Ah! Ahora viene lo mejor.

Jev. El amiguito no ha quedado muy satisfecho del retrato verídico de la vida de los casados. (*A Lamote.*)

Lam. Con su pan se lo coma.

Del. Esta, esta si que es graciosa. (*Lee.*)

Jev. ¿Qué hay de nuevo?

Del. Escuchadme y reíos conmigo.

Crisp. Si lo dije, que la estravagancia era de las gordas.

Del. (*Lee.*) Hermenegilda de Albrun, huérfa«na de algunos meses á esta parte, de edad «de veinte años, modesta y honrada, im«plora la piedad humana, solicitando de «las personas compasivas, el que se dignen «subministrarla algun voluntario socorro, pa«ra poder subsistir. A dicho fin hace saber «á los sugetos caritativos que gusten infor«marse de su estado, que habita en el ar«rabal de san Antonio, número 610, cuar«to piso. Se la hallará en casa, y allí cual«quiera podrá hablarla y socorrerla, des«de las ocho de la mañana hasta al medio «dia, y desde las tres de la tarde hasta las «siete. Este es el mas laudable espediente, «que ha podido encontrar, para la conser«vacion de su propia existencia, sin conta«minar la honestidad, que tanto aprecia, ni «la reputacion de que disfruta."

Jev. ¡No es mal anzuelo este para los tontos!

Lam. He aquí una graciosa aventura, que nos hará pasar alegre todo el dia. Vamos á encontrarla.

Del. Vamos pues.

Jev. No veo la hora de visitar á esa vergonzosa Dafne. (*Yéndose.*)

Crisp. Señor doctor, señor doctor, decidme ántes de iros ¿cuánto tiempo debo permanecer aquí inmóvil?

Jev. Un ratito mas.

Crisp. ¿Volveréis al café esta mañana?

Jev. Dentro de poco. El trecho que debemos andar es cortísimo. Quedaos aquí hasta mi vuelta, y pronto os sentiréis aliviado. (*Vanse los tres.*)

ESCENA X.

Dichos ménos los tres.

Ron. ¿Qué haré yo con ese espantajo en medio de la tienda, puesto como un oráculo de la Grecia? Si le descubro la burla, se me incomodarán aquellos lechuguinos, y el caso es que no me conviene esto; porqué dejan aquí muy buenos cuartos. Tendré que aguantarles y callar.

Crisp. ¡Vaya! ¡Qué fatales é imprevistos contratiempos suceden! Si no me hubiese quemado la mano, hace rato que estaria yo en mi tarea! Y qué dirán de mi retardo la señora Hermenegilda y mi dignísima esposa!

ESCENA XI.

Dichos y Domicio.

Dom. ¡ Buenos dias !
Ron. ¡ Bien venido señor Domicio !
Crisp. ¡ Servidor vuestro !
Dom. Una copa.
Ron. ¿ De qué calidad ?
Dom. Marrasquino.
Ron. Lo tengo superior. Cuando lo hayais probado, me diréis que tal es.
Dom. Siempre soleis tenerlo superior. Decidme ¿ por qué se está allá ese hombre, con el brazo bendado y en aquella actitud ?
Ron. El señor Jevré le vertió, así como inpensadamente, media taza de café en la mano. Luego él y el señor Lamote le han supuesto que era cosa de mucho riesgo la quemadura de café de Moca, y se han divertido con él.
Dom. ¡ Siempre han de hacer de las suyas ! Algun dia darán con un loco, que se las haga pagar todas juntas. ¿ Y por qué se está ahora en aquella posicion ?
Ron. Lleno de mil temores por el resultado de su insignificante quemadura, y teniendo por médico ó cirujano al señor Jevré, le aguarda para que le diga si està ya ó no fuera de riesgo.
Dom. Avísale que esto ha sido una chanza, y que se vaya á sus quehaceres.
Ron. No seré yo tan tonto. Por frioleras como esas no quiero disgustar á los señores Lamote y Jevré, que son dos parroquianos

de los buenos. Eso ya lo sabeis vos, que gastan mucho dinero en este café. Y ademas ¿qué padece aquel tonto en estarse allí sentado?

Dom. La reflexion es muy cuerda. No digo mas. Pero ¿en donde están, que no los veo? Adónde les habrá encaminado la tramontana de sus descompuestos caletres?

Ron. Leed este papel, y lo sabréis. (*Se lo da.*)

Crisp. Otra vez el impreso va en danza. Yo tiemblo que se llegue á saber quien lo ha traído.

Ron. Qué os parece de este anuncio, señor Domicio?

Dom. Dejadme concluir. (*Leyendo.*)

Ron. Teneis razon.

Crisp. Por su fisonomía conozco que no halla ridículo, ni estravagante el aviso.

Dom. Amigo, así va el mundo. La variedad de los lances forma toda su belleza.

Ron. Ahora que lo habeis leido, decidme vuestro parecer acerca de esta estravagancia.

Dom. ¡Estravagancia! ¡Porqué! ¿No es un uso ya muy comun el poner en los papeles públicos avisos, manifiestos, prospectos y demas folletos todas las ocurrencias de Paris? Quien necesita de un criado, lo anuncia en los diarios; quien busca un amo, hace lo mismo. Pedro quiere adquirir una posesion, Juan una heredad, Luis un palacio, Claudio un par de caballos, Julian una novia, con tal ó tal cantidad de dote: ¿Y bien? Por medio de los papeles públicos hacen patentes sus urgencias y satisfacen sus deseos. A vista de tan repetidos ejemplos, ¿porqué no ha de ser lícito á una

pobre muchacha el valerse del mismo conducto, para proporcionarse una honrada subsistencia, si no sabe trabajar, ó no halla labor?

Crisp. Este si, que piensa como yo deseo.

Ron. Vuestras razones son escelentes, lo confieso; pero hasta ahora no se habia visto que una jóven pidiese limosna por la via de la imprenta.

Crisp. Deben ser muy urgentes sus necesidades.

Dom. Añadid que no se sentirá con ánimo para hacerlo personalmente. ¡Oh cuántos infelices hay en el mundo, y particularmente en esta inmensa villa, que no sabiendo, ó no pudiendo trabajar, prefieren ser víctimas de su propia miseria, ántes que prestarse à pedir limosna! He conocido yo á muchos de estos, con harta pena mia, y son los pobres mas dignos de lástima. Daria por socorrerles la mitad de mi sangre, si pudiese con ella arrancarles del abismo de su desgraciada situacion. Ahora, en cuanto á los infinitos que andan pordioseando por todas partes, soy de parecer que la mendicidad es para ellos una lucrosa profesion. El pedir no les causa vergüenza: la poltronería de estarse echados casi todo el dia en tal ó tal puesto, les sirve mas de recreo que de pena: la suciedad de sus carnes, y lo asqueroso de sus vestidos se les hace familiar; y..... ¡Oh! ¡Cuántos y cuántos hay, que con la sola habilidad de saber cojear, y una mala pringosa y raida capa, logran disfrazar su tunantería, sus pocas ganas de trabajar, y una ociosidad nociva y sumamente viciosa!

Con todo, no pudiendo distinguir yo el verdadero mendigo del que lo es solo por ficcion; no desprecio á ninguno, para no equivocarme, y les socorro cuando puedo. Pero vuelvo á decirlo: el objeto verdaderamente digno de compasion, es aquella persona, que por un golpe de suerte contraria, cae de la situacion decente, en que habia sido criada, y se ve repentinamente precipitada en el abismo de la miseria, llevando consigo los sentimientos de su primera educacion, el respeto que se debe á sí misma, y una timidez modesta y vergonzosa.

Crisp. ¡ Bravo! Viva mil veces este modo de pensar! Si todos discurriesen así, ¡ cuántas ménos lágrimas derramaria la triste humanidad!

Ron. Segun lo que acabais de decir, casi casi conjeturo que estais dispuesto á ir á ver esa muger. (*A Domicio.*)

Dom. ¿ Y porqué no? ¿ Perderia yo algo en hacerlo? Sea ella quien fuere en el fondo; siempre que mi visita fuese con fines rectos, mi accion seria laudable.

Ron. Escelente máxima; pero el mundo, que no ve el corazon de las gentes, piensa siempre lo peor, y juzga solo por las apariencias.

Dom. Esté yo intimamente persuadido de que obro bien, y sea cual fuere la opinion de los chismosos y desocupados; nada me importa.

Ron. Me parece... no... no me engaño. Ahí les veo, en la esquina de la calle, que vienen á toda prisa,

Dom. ¿ Quiénes?

Ron. Delté y Lamote.
Cresp. ¿Y tambien el señor doctor?
Ron. Tambien, tambien. (*Riendo.*)
Cresp. Gracias á Dios.
Dom. Su escesiva alegría, y sus descompasados meneos, todo, todo indica el desconcierto de sus entendimientos.

ESCENA XI.

Dichos Lamote, Delté y Jevré.

Dom. Bien venidos.
Del. Adios, Domicio.
Ron. Y bien. ¿Qué noticias hay de la hermosa mendiga?
Crisp. Antes de empezar la circunstanciada relacion; decidme señor doctor,... señor doctor.
Jev. ¡Todavia estais aquí!
Crisp. ¿Qué me dijisteis? ¡Callen!
Jev. Teneis razon. Ya me acuerdo.
Lam. Libra á ese pobre diablo de sus angustias.
Jev. A ver el pulso.
Crìsp. Ahí está.
Jev. Anda desigual como una máquina de asar carne con dientes rotos. Sin embargo, soy de parecer que está fuera de riesgo, y que podeis iros.
Crisp. ¡Oh! Respiremos. (*Se levanta y viste.*
Lam. ¡Qué majadero!
Ron. Ahora, si no hay obstáculo, decidnos algo relativamente á la mendiga del impreso.
Dom. Si, si: satisfaced tambien mi curiosidad.
Jev. Voy á contarlo todo.
Crisp. Oygamos.

Jev. Apénas hubímos entrado en un primer cuarto, bastante mezquino, aunque aseado, una criada....

Lam. Jovencita, así regordota, bien hecha.

Crisp. Nuestra esposa.

Jev. Pasó el recado á la vergonzosa niña, y volvió con la respuesta de que se podia entrar con toda libertad.

Lam. Sin embargo, me contenté con quedarme en la antesala, dando parleta á la doncella.

Crisp. ¡Ah! ¡Mal principio!

Jev. En frente de la entrada, y en medio del segundo aposento, estaba, como una magestuosa amazona, nuestra madamisela, el rostro cubierto con un velo. Nos saludó con una cortesía, y nosotros correspondímos, como era natural. Hízonos sentar, y apénas lo hubímos hecho, cuando....

Del. Empezé yo en un tono galante, diciéndola: ¿No nos haréis el favor de descubrir vuestro rostro, señorita?

Jev. Mi invitacion, contestó en tono trágico, es para socorrer mi miseria, y no para contemplar mis facciones, sean cuales fueren.

Lam. Yo entretanto en la antesala.... ¡Ah! Ah! Ah!.... Proseguid proseguid.

Cresp. ¡Qué diantres querrá decir ese maldito!

Del. Señorita, haced mas confianza de nosotros. Nuestras intenciones son puras, y si tuvieseis la bondad de que os viéramos la cara...

Jev. No querais poner precio á la accion generosa que venis á ejercer conmigo, si sois efectivamente benéficos; continuó ella, ha-

blando en el mismo tono. — Dejad á lo ménos que tengamos el gusto de besaros la mano, la dije yo entónces.

Del. Ni tampoco eso; nos respondió, levantándose. Yo perdí la paciencia, me le acerqué, é iba á levantarla el velo....

Jev. Y ella.... zaz.... un sonoro y solemne bofeton.

Del. Te aseguro, Domicio, que me lo dió con tanto garbo, que esta oreja me silva todavía.

Crisp. Me alegro infinito.

Lam. Miéntras en la sala de recibimiento se repartian bofetones, en la antesala nos divertiamos.

Crisp. ¡Ay! ¡Pobre cabeza mia!

Dom. ¿Cómo se cortó esta conversacion? Veamos.

Del. Luego de recibido el regalito, me cubrí modestamente la mejilla con la mano, y paso á paso me fuí bajando la escalera.

Jev. Y yo rebentando de risa por la desgracia acontecida, hice lo mismo.

Dom. Pero fuéron tan malditos, que interrumpiéron mi deliciosa conversacion.

Crisp. ¡Pícara Susana!...

Jev. Creo sin embargo, y estoy casi cierto de no engañarme, que su severidad proviene de vernos á todos tres juntos. Yo he de ir allà solo y averiguarlo.

Del. Por mi parte, tengo bastante con lo acaecido.

Ron. Por fin, el mas afortunado en este comercio de galanteria fué el señor Lamote.

Lam. En efecto. ¡Cuánto me gusta aquella regordota!

Crisp. Un rayo en tu lengua; maldito seas.

Ron. ¿ Está casada ?

Lam. Creo que si : si, si, seguramente. Ahora que me acuerdo.

Ron. Será esposa de algun Juan.

Del. A quien debe de comulgar con ruedàs de molino.

Crisp. ¡ Ah ! La rabia me ahoga.

Del. Mucho mejor habria sido que me hubiese quedado contigo en la antesala. (*A Lamote.*)

Lam. Si quieres probar fortuna con Susana, le harémos otra visita, y verás como no nos trata á nosotros como la casta judía á los dos viejos.

Del. ¿ Cuándo quieres que vaya ?

Lam. Ahora mismo, si gustas. Pasemos á dejar esos papeles á mí casa, y vamos allá.

Crisp. Viva la franqueza.

Del. Pero ¿ estás bien seguro de que nos recibirá bien, siendo dos ?

Lam. No soy adivino ; pero se prueba.

Del. Si, si : se prueba.

Jev. ¿ Y si no os sale bien ?

Del. Se toma paciencia.

Crisp. Y si los mogicones de la primera visita se convirtiesen en sendos palos ?

Del. ¿ Quién nos los habia de dar ?

Crisp. ¿ Quién ? ¡ Toma ! Su esposo.

Lam. ¿ Le conoceis acàso ?

Crisp. ¡ Toma ! Perfectamente.

Del. ¿ Qué especie de hombre es ?

Crisp. Iracundo y brutal.

Lam. No creais eso: ella me dijo que era un tonto, un mamaluco, un calzonazos.

Crisp. ¡ Ella lo dijo !

Lam. Ella.

Crisp. ¡Yo calzonazos!... No es posible; no... porque á ser cierto.... Maldita sea ella, yo... los impresos.... todos vosotros, y.... Vale mas que me vaya. Romperia la cabeza à alguno de esos lechuguinos botarates, y me descubriria. Malhaya toda la casta lechuguina. (*Vase colérico.*)

ESCENA XII.

Dichos ménos Crispin.

Del. ¡Se va muy enfurecido!

Lam. ¡Quién sabe que no sea el marido de Susana!

Del. Y podria ser.

Lam. Las señas son mortales.

Jev. Sea quien quiera. ¿Qué nos importa? Ya me parece hora de que pasemos al gabinete.

Lam. Si: vamos á hacer la acostumbrada partida.

Jev. Ron, barajas. (*Vase.*)

Ron. Al instante. (*Idem.*)

Del. Si: eso será lo mejor. Vamos, vamos.

Lam. Vamos: así se pasará el susto de los mogicones. A bien que manos blancas no ofenden.

Del. Búrlate, búrlate; pero sabe que nadie puede decir por la mañana lo que le ha de suceder por la tarde. ¿Vienes Domicio?

Dom. No: tengo algo que hacer.

Lam. Ese nunca juega. Adios. (*Vase.*)

Del. Abur. (*Idem.*)

ESCENA XIII.

Domicio solo.

Dom. Abur. ¡Qué vida llevan!.... No se la envidio, á fe mia. Si yo fuese, rico como ellos, cuán diversamente emplearia el tiempo y el dinero! ¡Cómo me guardaria de imitarles! ¡Lechuguinos calaveras: inútiles á la sociedad, por no decir dañosos! Desde mi primera infancia, miré siempre con odio la ociosidad; y ahora con el egemplo ageno, conozco la acertada educacion que me ha dado mi padre. Nunca cesa de decirme, y es una verdad, que no hay cosa mas preciosa que el tiempo; y que la ociosidad es madre de todos los vicios y de todas las calaveradas. — Esta mañana quiero ver si puedo hacer una buena accion. Iré á visitar á esa muger del impreso, las habladurías de Jevré y sus compañeros me hacen pensar bien de ella. Si la encuentro tal como se anuncia, la socorreré. Estoy muy léjos de ser rico; pero haré lo que me permitan mis facultades. Vamos, vamos. (*Vase.*)

Fin del acto primero.

ACTO II.

Sala pobre con tres puertas en casa de Crispin.

ESCENA I.

Crispin solo.

Crisp. La tienda está ya arreglada. Vamos. (*Despues de haber dispuesto su banco.*) Puedo ya empezar. ¡Con qué valor me pondré al trabajo, despues de las noticias que he tenido, relativamente à la fidelidad de mi esposa! ¡Ah! No quisiera que se me pusiese delante. La sangre se me altera: parece que tácitamente me diga el corazon *huye, huye, Crispin, de una ocasion que podria salirte muy funesta.* Conozco que si la tuviere aquí delante, la agarraria así con toda; mi fuerza, y luego, patadas, y palo de ciego, sin discrecion. ¡Pero quién merece mas palo que yo! ¿Qué necesidad tenia de meterme en casa á esa jóven incógnita? Mi demaciada bondad me acarrea siempre desgracias.

ESCENA II.

Hermenegilda y dicho.

Her. Bien venido, Crispin. (*Sale de su cuarto*)
Cresp. Servidor vuestro. (*Con sequedad.*)
Her. Habeis tardado mucho. ¿Qué ha sido esto?

Crisp. Ha sido, que no pude despachar mas pronto.

Her. Parece que estais de mal humor.

Crisp. Puede ser.

Her. ¿Qué teneis?

Crisp. No lo sé.

Her. Me sorprende mucho vuestro modo de responder.

Crisp. ¿Porqué?

Her. Confesadlo vos mismo. Cuando me presenté, para referiros los poderosos motivos que me ponian en la necesidad de buscar el amparo de un hombre, me acogisteis con muy buen agrado, os interesasteis en mi situacion, y jurasteis espontáneamente que os hallaria siempre corriente y siempre igual. Aun no ha pasado el sexto dia, desde que estoy hospedada en vuestra casa, y os hallo ya enteramente mudado. Habladme pues con franqueza, y si os molesto, decidlo; que no tardaré un momento en quitaros la incomodidad de delante.

Crisp. ¡Qué le respondere! Malhaya mi genio! ¡Qué culpa tiene esa infeliz en que Susana!.... No conviene que le haga saber el orígen de mi pesar.

Her. ¿No me respondeis?

Crisp. Buena muchacha. No hagais caso de mis estravagancias; estas provienen casi siempre de mis muchos quebraderos de cabeza; pero mi corazon no es malo. Creedlo como os lo digo. Permaneced en casa con toda libertad, y mandad cuanto se os ofrezca.

Her. Sois un buen hombre del todo. Y no olvidaré con tanta facilidad, vuestros favo-

res. ¿ Quién sabe si algun dia podré hacer por vos ?

Crisp. Qué ?

Her. Nada, nada. Mis buenas intenciones me hacen olvidar á veces mi deplorable situacion, y me arrancan palabras, que no pueden tener efecto alguno. No pensemos mas en ello, y hacedme el favor de esplicar el motivo de vuestro retardo.

Crisp. Un acaso imprevisto, una quemadura de café. Ved: está casi curada; pero temí fuese cosa de mayor entidad.

Her. Me alegro, que no lo haya sido.

Crisp. Gracias. Me figuro que no tendreis dificultad en referirme el motivo que tuvisteis para plantar un bofeton en la cara de....

Her. ¿ Cómo lo supísteis ?

Crisp. Por el mismo que lo recibió.

Her. Vino este tal acompañado de otro.

Crisp. Es decir de dos.

Her. No ví mas que á uno.

Crisp. Porque el tercero se quedó en este cuarto, á hacer compañía á la señora Susana. Ahora que hablamos de ella. ¿ En dónde está ?

Her. Salió de casa, para comprarme algunas frioleras que yo necesitaba.

Crisp. Que su mala suerte no la haga volver demasiado presto.

Her. Me he tomado la libertad de enviarla, porque la necesidad era urgente; pero no tiene culpa ninguna.

Crisp. No estoy enfadado con ella por esto.

Her. ¿ Qué otro motivo podeis pues tener?

Crisp. A su tiempo lo sabriés.

Her. Parece que han llamado.

Crisp. No os equivocais.

Her. Crispin, si quereis hacer el favor de ver quien es.

Crisp. De muy buena gana.

Her. Entretanto me retiraré, para prepararme, por si fuese alguna visita. (*Vase.*)

ESCENA III.

Crispin solo y luego Susana.

Crisp. ¡ Si será Susana ! A su solo nombre la sangre me ha dado un salto en todas las venas : vamos á asegurarnos de ello, y luego, moderacion, Crispin, moderacion por Dios. ¿ Quién llama ?

Sus. Soy yo. Abre. (*De dentro.*)

Crisp. Es la bribona. Ah ! Mucho me temo que la moderacion se vaya enhoramala.

Sus. ¿ Y bien ? ¿ Qué hacemos ? (*de dentro.*)

Crisp. Voy allá..... Hágase todo lo posible para escupir miel, teniendo hiel en la boca. ¡ Ah ! Pero será imposible.

Sus. ¿ Tengo que aguardar mucho ?

Crisp. ¡ Cuánta prisa ! Ya está abierto. (*Abre.*)

Sus. ¡ Tanto se necesitaba, flemático insufrible! (*Sale.*)

Crisp. (Crispin, juicio.) Perdona, muger, que no todos pueden tener tus fuegos.

Sus. ¡ Qué malo es cuando se empieza á cargar con años !

Crisp. Entónces los negocios de casa no pueden hacerse con aquella prontitud que...

Sus. Hablas como un Ciceron ; y nadie puede saberlo mejor que yo.

Crisp. Van algo lentos, lo confieso.

Sus. Lentisimas.

Crisp. No por parte tuya.

Sus. Oh ! Eso no. Por lo que toca á mí, se hace todo en un abrir y cerrar de ojos; pero no puedo hallarme en todas partes, y hacer de mula y de arriero á un tiempo mismo.

Crisp. ¡ Oh! No hay duda en ello. Si miéntras el uno aprieta, el otro afloja, las cosas van mal.

Sus. Concluyamos este necio diálogo, y déjame ir al cuarto de la señora Hermenegilda. (*Yéndose.*)

Crisp. Hazme el favor de aguardar un rato mas. (*Deteniéndola.*)

Sus. ¡ Eh! tengo otros quebraderos de cabeza para escuchar tonterías. (*Yéndose.*)

Crisp. Sé, buena y complaciente. (*Deteniéndola.*)

Sus. Pronto despacha, y en pocas palabras desembucha cuanto tengas en el cuerpo.

Crisp. (¡ Cuánto va que esta escena no acaba en bien!)

Sus. Vamos, acabemos.

Crisp. Querida Susanita. Cuando la vejez empieza á pesar en las espaldas de uno; ó no se concluye, ó es con una lentitud diabólica.

Sus. ¿Pero qué diantres de razonamientos tan fuera del caso son estos?

Crisp. ¿ No los comprendes ?

Sus. No, en verdad.

Crisp. El señor Lamote, aquel jóven brioso como tú, si estuviese ahora aquí, podria darte la esplicacion.

Sus. ¿ Quién es ese tal ?

Crisp. ¡Qué diantres! ¡No te acuerdas ya! ¡tan flaca eres de memoria!

Sus. Esplícate mas claro; y haz que entienda yo el significado de tu guirigay.

Crisp. Algunas preguntas, que voy á hacerte te harán acordar de todo.

Sus. Vamos á ello. Pronto.

Crisp. Dime pues ¿quién estuvo aquí esta mañana?

Sus. Tres lechuguinos, todos á un tiempo.

Crisp. ¿Con qué objeto?

Sus. Con el de hacer una visita á la señora Hermenegilda.

Crisp. ¿Entráron los tres?

Sus. No mas que dos.

Crisp. ¿Y el otro?

Sus. Se quedó en este aposento.

Crisp. ¿Qué tenia que hacer?

Sus. Estuvo aguardando á sus compañeros.

Crisp. Y tú, malcriada le habrás plantado aquí *en porreta*.

Sus. Estraño que digas eso. No soy capaz de cometer incivilidades.

Crisp. Ah!.... No!.... Pérfida! ¿Qué hiciste con él?

Sus. ¡Esta es buena! Lo que se hace cuando está uno en compañía de otro.

Crisp. Esto se entiende; pero sepamos lo que que se hizo.

Sus. Preguntar y responder, y qué me sé yo?

Crisp. (No puedo mas.) ¿Y está aquí todo?

Sus. Todo.

Crisp. Ah inicua! (*Con furia gritando y amenazando.*) ¿Quién podrá librarte de mi furor?

Sus. Misericordia. (*Asustada huyendo.*)

Crisp. De esta hecha te envio sin remedio al cementerio. (*Siguiéndola.*)
Sus. Asistencia, asistencia.

ESCENA IV.

Hermenegilda y dichos.

Her. ¡Qué alboroto es este! (*Se pone entre los dos.*)
Sus. Defendedme de un loco.
Her. ¿A qué viene tanto furor?
Crisp. No te escaparás de mis manos.
Sus. Por Dios, señora.
Her. Deteneos.
Crisp. Es imposible.
Her. Dad lugar á la razon.
Crisp. Es imposible, digo.
Her. Por un instante.
Crisp. No.
Her. Un solo momento.
Crisp. Digo absolutamente que no.
Her. ¿Y vos sois razonable y de buen corazon? ¿Vos sois el que yo escogí entre tantos otros, por hombre de mas entendimiento? Abro finalmente los ojos, reconozco mi error, y con toda claridad os digo que sois un lunático, un loco, un furioso, digno de mi desprecio y del de todos los que piensan como deben.
Crisp. ¡Cómo! ¡Os atreveis!....
Her. Si: Me atrevo à hablaros con aquella entereza y sinceridad, qué fué y será siempre la prenda de las almas sensibles y virtuosas.
Crisp. Si supieseis.... que....

Her. No me queda ya nada que saber. La inocente causa de los desórdenes de vuestra familia soy yo. He empezado á conocerlo esta mañana, por lo que con firmeza resuelvo aliviaros del peso de mi presencia.

ESCENA V.

Dichos y Domicio.

Dom. ¿Se puede entrar? (*De dentro.*)
Her. Alguien llama. No puedo.... toleradme aun por pocos momentos: tened prudencia, y no me hagais hacer mala figura.
Crisp No soy capaz de una cosa semejante. (Me ha dejado confuso.)
Sus. (Me he librado de una y buena.)
Her. Susana, hacedle entrar.
Sus. Al instante. — Entrad. (*Abre.*)
Dom. A vuestros pies, Señorita. (*Sale.*)
Her. Bésoos las manos, caballero.
Sus. ¿Quereis sentaros?
Dom. Si la señorita me lo permite.
Her. Me complaceis en ello.
Dom. Agradeciendo. Sino me equivoco (*se sienta*), sois la señora Hermenegilda de Albrun.
Her. La misma,
Crisp. (El es, no me engaño. Es aquel caballero que en el café hablaba con tanto acierto.)
Her. ¿Y podré saber con quien tengo el honor de hablar?
Dom. Con un pobre jóven, hijo de un honrado comerciante.

Her. ¿A qué casualidad debo el honor de vuestra visita?

Dom. El impreso que circula por Paris....

Her. No me avergonceis, recordándomelo.

Dom. Señora: implorar por medio de él la compasion agena, no es cometer ningun delito. Luego no hay para que avergonzarse de ello.

Her. ¡Cuán escaso es el número de los que piensan como vos. A la mendicidad se le acumulan siempre mil otros defectos.

Dom. No á la vista del hombre cuerdo; que este sabe bien que la voluble fortuna suele prodigar sus ricos dones al demérito y à la culpa.

Crisp. Harto cierta es esta verdad.

Dom. ¿Quién es aquel hombre?

Her. Mi huésped.

Dom. Y esta jóven?

Her. Su esposa.

Dom. Sus fisonomías parecen bastante simpáticas.

Her. Son unas bellas gentes.

Sus. ¡Qué bello sugeto!

Crisp. (Nuestras fisonomias!... Juzga lo mismo de la mia que de la de Susana. Casi estoy por tenerlo en otro concepto.)

Dom. Si no me equivoco, he visto á este hombre esta mañana en el café del Fénix; pero en otro trage.)

Her. Puede ser.

Crisp. En efecto es así. Hubiera sido (*acercándose*) harto mejor para mí que no hubiese entrado en semejante paraje.

Dom. ¿Porqué lo decis?

Crisp. Acordaos de la conversacion de aque-

llos tres calaveras, y lo adivinaréis al instante.

Dom. Sobre que..,

Crisp. ¿Se necesita mas esplicacion? Siendo así, me convengo á escupir todo el veneno, que á viva fuerza estaba guardando en el estómago. Ya sabeis que aquellos caballeros, à causa del manifiesto hiciéron su famosa visita á la señora Hermenegilda.

Dom. Y tampoco ignoro que para castigar la insolencia de Delté, le dió la señorita un solemnísimo bofeton.

Her. Aquel era Delté?

Dom. Señorita ¿os causa estrañeza este apellido? ¿No le conociais?

Her. No: pero le habia oido nombrar. Continuad el discurso empezado, Crispin.

Crisp. Pronto voy á la conclusion. Todo lo que contáron, lo hemos hallado verdadero. ¿No es verdad?

Dom. Hasta aquí no hay duda.

Crisp. Ahora confrontarémos aquello de que se jactó el señor Lamote.

Dom. Empiezo á entenderos.

Crisp. Este es el cuarto en donde se detuvo. Vedlo, señor, para vergüenza mia. Y esa graciosa señora, es la que le hizo tan buena compañía.

Sus. ¿Qué puieres decir con eso?

Crip. Harto lo entiendes, maldita. ¿Los remordimientos no te roen la conciencia? ¿Eh? Prepárate para salir de esta casa, sin esperanza de volver mas á ella.

Sus. ¿Cómo? ¿Pretendes?....

Crisp. No te atrevas á replicarme, ó tiembla de mi furor.

Sus. El error en que estás.....

Crisp. Ser pobre, paciencia; pero deshonrado, eso no.

Sus. ¡Cómo deshonrado!

Crisp. No abuses de mi moderacion, sino quieres que dejando á parte todo humano respeto, te dé tanto palo, que te deje por muerta.

Dom. Crispin, eso pasa ya de raya; con la propia muger no se trata así. Por las solas habladurías de un calavera, no podeis condenar á Susana; sin oir ántes sus disculpas. Esto seria lo mismo que empeñaros en quererla delincuente á la fuerza. ¿Quién es el juez que ántes de pronunciar una sentencia, no oyga la acusacion y al acusado? y si hubiese en el mundo un juez semejante, ¿no mereceria la execracion de todos los hombres? En una misma causa no podemos ser jueces y parte. Las leyes lo impiden: las leyes humanas, que han tenido por orígen las divinas. Por otra parte no os aconsejo á que la perdoneis, si es delincuente; pero es preciso oir las defensas, analizarlas, y confrontarlas. Esto es lo que debe hacer todo hombre justo y sensato, á fin de no precipitar sus determinaciones.

Her. (Estos preciosos sentimientos son un suave bálsamo que me llega hasta el corazon. ¿Seria tal vez este el hombre que busco? Acáso la fortuna me lo presenta en Domicio?)

Dom. Susana, vuestro marido consiente en que os disculpeis. Lo deduzco de su silencio. ¿Teneis que alegar algo?

Crisp. (Oigamos lo que va á decir la bribona.)

Sus. Las disculpas son un ultrage para todo corazon inocente.

Dom. La máxima es verdadera; pero no basta para persuadir al que se considera ofendido.

Sus. Diré pocas palabras, y estas han de hacer toda mi defensa. Crispin me tiene injustamente por culpable, Lamote vive todavía. Proporcíoneseme pues el medio de hablar con él otra vez en presencia de este frenético, y os prometo que pronto el acusado hará que se arrepienta el acusador.

ESCENA VI.

Lamote, Delte y dichos.

Lam. ¿Se puede entrar? (*De dentro.*)

Sus. ¡Ah! El es. Pronto retiraos todos sin meter ruido, y dejadme sola en él.

Her. Es muy justo.

Dom. Seguramente.

Her. Pasemos á esotro cuarto.

Dom. Como gusteis. (*Vanse.*)

Crisp. Vamos á ver que es eso. (*Vase.*)

ESCENA VII.

Susana, Lamote y Delté.

Sus. ¿Quién es? (*Abre.*)

Lam. Nosotros.

Sus. Entrad libremente.

Lam. ¿Estais sola?

Sus. ¿No lo estais viendo?

Lam, Mejor, el campo es nuestro. (*Mirando

ácia atras, con lo que entra Delté.)

Sus. ¿Porqué motivo se habia quedado atras aquel caballero?

Lam. Es algo tímido.

Sus. Me parece que esta mañaua le oí....

Lam. Recibió un sopapo de la cándida mano de vuestra ama.

Sus. ¡Pobrecito! Lo siento. ¿Pero se lo dió en presencia vuestra?

Del. ¿Pues no?

Sus. Es verdad teneis razon. Perdonad: soy una tonta.

Del Tanto mejor. Para mí no hay cosa mas fastidiosa que la conversacion de una muger literata.

Lam. Hermosa Susana, ¿cómo os trata el amor desde esta mañana?

Sus. Siempre lo mismo.

Crisp. (¡Buen principio!) (*Meneando la cabcza.*)

Del. Deseo saber si la señora está en casa.

Sus. Si.

Del. ¿Tendrá alguna visita?

Sus. No; duerme.

Lam. ¿Y vuestro marido dóude está?

Sus. A contemplar las estrellas.

Lam. ¿Qué quereis decir?

Sus. ¡Tanto cuesta de entender!

Del. A mí me bastan estas esplicaciones.

Lam. Tiénesme por muy tonto, si piensas que no lo entendí al instante.

Sus. Veamos pues hasta donde llega vuestra penetracion. Sin preámbulos, decidme, qué es lo que habeis entendido?

Lam. Que anda por esos mundo, haciendo castillos en el ayre con su.... En una palabra

que no está en casa, y que no volverá de buen rato.

Del. ¡Vaya! Pues era dificil el entender esto! Pues bien. Miéntras pasa el tiempo en contemplar las bellezas del cielo, recreémonos nosotros en disfrutar las de la tierra.

Lam. Dices bien, Delté.... Mira, mira por Dios, esos ojos ¡Qué brillantes! ¡Qué negros!

Sus. No van á mi esos elogios. Guardadlos para quien los merezca y le agraden.

Del. Vos mereceis mucho mas. Estoy casi por decir que no ví en mi vida muger mas linda, ni mas agradable.

Lam. Ni yo tampoco.

Crisp. (¡Cómo saben adular los malditos!)

Lam. ¡Qué brazo tan bien formado!

Del. ¡Qué mano tan fina!

Lam. Permitidme que con todo el respeto imaginable os la bese.

Sus. No quiero. (*Retira la mano y le da un bofeton.*)

Lam. Uh!

Crisp. (Viva mi esposa,)

Del. (Ya está entendido, Esta no es la habitacion de la vergonzosa mendicidad; sino la fábrica de los mojicones. Vale mas usar de prudencia, y retirarse un poquito.)

Sus. ¿Qué es esto? ¿Estais ya espantados? Un bofeton dado por una muger, no podeis ignorar que se debe reputar por una caricia.

Lam. Digo que teneis razon; pero esta especie de caricias es tan incómoda y molesta, que por lo que toca á mi la cedo de buena gana á quien las quiera.

Sus. ¿No sabeis que un tiempo enteramente se-

reno va casi siempre precedido de algun temporal?

Lam. Serà como decis; pero si el estallido del trueno que precede al buen tiempo debe causar daño, vale mas, segun mi modo de pensar, que el cielo se mantenga nublado.

Sus. Mala máxima es esta.

Del. Esta muger no tiene nada de tonta. Argumentemos sobre este asunto. Sois acáso uno de aquellos astros, que tienen por sistema el causar tempestades, ántes de dejar disfrutar á los tristes mortales sus benignas influencias.

Sus. Cabalmente.

Del. Siendo así, querido Lamote, habràs sasalido de aquí esta mañana con las megillas calientes, lo mismo que yo.

Sus. ¿Porqué motivo? Esta mañana no se atrajo tempestad alguna.

Del. Esplicaos mejor.

Lam. Dejémonos de tonterías.

Sus. No; yo deseo satisfacer al señor Delté. Dejadme proseguir. Esta mañana el señor Lamote se ha portado conmigo con mucha prudencia: sin atreverse á hacer ninguna propuesta ilícita. Bajo este supuesto, ¿qué motivo podria haber para truenos ni rayos?

Del. ¡Ah tunante! ¿Qué es pues lo que nos quisiste dar á entender?

Lam. Acabemos esta conversacion.

Sus. ¡Ola! ¿Qué es lo que dijo?

Lam. No hagais caso de él.

Sus. Quiero saber lo que disteis á entender. ¿Podriais acáso jactaros, con ofensa de mi honor de la menor bagatela? Responded sinceramente.

Lam. Yo no me alabado de nada.

Sus. ¿Y si lo hubieseis hecho, habria sido con verdad? Quiero que lo digais redondamente. ¿Lo hubierais hecho sin faltar á la verdad?

Lam. Yo?.... no.

Sus. ¿Porqué pues hombre vil é infame lo hicisteis?

Lam. Os aseguro que....

Sus. ¡Deshonrar á una muger casada!....

Lam. Si teneis la bondad de escucharme.....

Sus. ¡Inventar un delito, calumniando la inocencia!

Lam. (¡Maldito Delté!)

Del. (Qué risa!)

Sus. Manchar falsamente la reputacion agena!.... Esa garganta.... (*Le coje.*)

Lam. Soltadme.

Sus. Ese pelo lo pagará.

Lam. Ay! ay! ay!

Sus. Así aprenderás, bribon.

Lam. Os digo que me solteis; ó os pierdo el respeto.

ESCENA VIII.

Dichos y Crispin.

Crisp. Antes morirás á mis manos, malvado impostor.

Lam. Que me asesinan. (*Grita.*)

Sus. Quieto allá, señor marido. No es necesario tu socorro, ahora que la batalla está ganada. Manteneos neutral, y vosotros tocad retirada.

Lam. Siento que hayais podido....

Crisp. Acáso me desconoceis.

Lam. ¡Yo!

Crisp. Acordaos del café del Fénix.

Lam. Perdonad.

Sus. Idos, ó de lo contrario....

Lam. Voyme corriendo. (*Vase.*)

Sus. Al diablo el pícaro. Pronto tambien, señor Delté.

Del. Yo.... por mi parte.... no dije.... Vos lo sabeis bien.

Sus. Aprisa, aprisa.

Del. Me voy, me voy.... por lo demas mi sinceridad....

Crisp. Aprisa, ò pierdo la paciencia.

Del. Eh!.... Eh!.... Eh!.... (*Vase espantado.*)

ESCENA IX.

Dichos ménos Lamote y Delté, y luego Hermenegilda y Domicio.

Her. Dame un abrazo, Susana.

Dom. Os habeis portado.

Her. Serás siempre mi mejor amiga.

Dom. Señorita, es tiempo ya de que me vaya. Entretanto me regocijo de haber conocido vuestras prendas y las de Susana. No pudiendo ignorar el motivo que me trajo aquí, me figuro que no os negaréis á aceptar las pocas monedas que hay en este bolsillo. (*Le ofrece un bolsillo.*)

Her. No quiero....

Dom. El aviso impreso me autoriza á forzaros á ello. Por otra parte, confio que no querais hacerme el agravio de reusar un ligero rasgo de urbanidad, recibiendo esta

cortedad de las manos de un sugeto, que os aprecia y estima.

Her. Gracias. (*Toma el bolsillo.*) Vuestros corteses modales....

Dom. Os saludo con toda cordialidad.

Her. Antes de iros, me habeis de conceder otró favor.

Dom. Si está en mi mano, dadlo por concedido.

Her. Venid mañana á encontrarme.

Dom. Disfrutaré de vuestra bondad.

Her. Á cosa de las nueve de la mañana.

Dom. Quedo enterado.

Her. Mi súplica no tiene ninguna otra mira de interes.

Dom. Estraño mucho semejante declaracion.

Her. Acompañadle.

Dom. Dejaos de eso.

Sus. Es mi obligacion.

Dom. Adios, señora. (*Vase con Susana.*)

Her. Hasta la vista.

ESCENA X.

Hermenegilda y Crispin.

Her. (¡Qué bello jóven! Me lisongeo de haber hallado en él, el hombre que ansiosamente buscaba. ¡Qué modales tan dulces, tan agradables! Cada palabra suya es un sentimiento de virtud. El escesivo júbilo me tiene fuera de mí.) (*Vase.*)

ESCENA XI.

Susana y Crispin.

Crisp. Ella está contenta, y yo lo estoy mas todavia. Querida Susana!

Sus. Puf! (*Atraviesa el teatro, sin mirarle.*)

Crisp. Esposa mia.

Sus. ¿Quién sois?

Crisp. Perdóname las sospechas que tuve.

Sus. ¿Con quién hablais?

Crisp. Ya ves que se trataba de mi honra, nada ménos.

Sus. No me acuerdo de vuestra fisonomía.

Crisp. Ya oiste de la boca de Delté, que aquel tunante....

Sus. No os conozco: no os he visto nunca.

Crisp. Te juro que en lo sucesivo...

Sus. No se quien sois.

Crisp. Veme á tus plantas.

Sus. Voy á dar el recado. (*Vase.*)

Crisp. Ahora que están hechas las paces puedo irme contento á echar un trago. (*Vase.*)

Fin del acto segundo.

ACTO III.

Sigue la misma decoracion del acto segundo.

ESCENA I.

Crispin y Susana.

Crisp. Te aseguro, Susana mia, que estoy verdaderamente arrepentido.

Sus. Es inútil que te desgañites en quererme persuadir: tu bajo proceder me tiene incomodada hasta mas no poder. En una palabra: he resuelto irme, y nadié me saca de mi determinacion.

Crisp. Y al cabo de siete años de union matrimonial, ¿tendrás valor de abandonarme?

Sus. Tan majadera querrias que yo fuese que continuase en vivir contigo, para acelerarme la muerte?

Crisp. ¿Soy acàso yo algun hombre sin razon, un mala cabeza? Me crees capaz....

Sus. De todo, ménos de buenas acciones.

Crisp. Pero Susana.... Susana.... Estas son unas insolencias que no pueden aguantarse.

Sus. ¡Amenazarme! Quererme apalear!

Crisp. Te doy mi palabra de honor, que en lo sucesivo seré mas moderado.

Sus. Canta, canta; pero no me pescas. Cuando me acuerdo de la maldita cara, que me pusiste esta mañana, se me herizan los cabellos. Si por fortuna no sale de su cuarto la buena Hermenegilda á defenderme de tu descabellado frenesí, á la hora de esta

estaria yo bien contentita y arreglada.

Crisp. Verás como en lo sucesivo....

Sus. ¡Pero qué casta de hombre eres! ¡Siempre dar contra una pobre muger, que no es buena para defenderse! ¡Miren qué valor! mira, maldito, mira cuantos cardenales tengo aun en este brazo, por tus caballerescas hazañas de la semana pasada. Cuando me acuerdo de ello, lloro de rabia. (*Llora.*)

Crisp. Susanita mia: sosiégate y perdóname.

Sus. Déjame.

Crisp. Eso no; no te suelto que no hagamos las paces.

Sus. Gritaré..... Pediré asistencia á la vecindad.

Crisp. ¿Con qué te obstinas?...

Sus. En querer ir léjos de tí, y eso para siempre.

Crisp. Por Dios....

Sus. Todo es inútil.

Crisp. Aquí me tienes nuevamente á tus pies.

Sus. Si hoy á mis pies, para maltratarme con mayor gusto mañana. Anda, que no hay en todo el mundo, un hombre mas bajo que el que se arroja á poner las manos encima de una pobre muger. Hay leyes y tribunales á quien acudir. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Crispin solo.

Crisp. Tiene razon; pero yo la tenia tambien. Se trataba de mi honor; y este es el tesoro mas precioso para todo hombre de bien. Ello es verdad que en una fuerte urgen-

cia, con este solo se muere uno de hambre sin remedio. ¿Cuántas y cuántas veces lo he visto por mis propios ojos! Al mismo tiempo que Antonio se arruina, porque quiere mantener su honra; Cayetano se enriquece desmedidamente, porque habiendo dado un puntapié á la vergüenza, nada le hace mella. ¿Quién de los dos lo entiende mejor? Adivínalo Grillo. El hombre honrado que se halla infeliz, escita en sus semejantes la compasion; y el rico malvado no se grangea mas que odio y envidia. Pero siempre he oido decir que vale mas envidia que piedad. ¡Qué diantres ando diciendo! ¡Si empezaré á discurrir como un hombre de peso! ¡Calle! Aténgome á mi primer principio. Viva pobre y viva honrado. (*Vase por la puerta comun.*)

ESCENA VIII.

Susana sola.

Sus. Se ha ido, y no muy contento. Sino empiezo á tener teson, no podré pasar con él un dia en sosiego. Por nada, por nada levanta las manos, y paf!... ¡Vicio de gente villana! No puedo negar que algunas veces tienen los maridos mil razones para pegar á sus mugeres: al contrario, conozco que son necesarios los golpes para echar de nuestras cabezuelas muchas locuras, que se nos introducen por su escesiva bondad. — Pero pasando á discurrir otra cosa, nuestra huéspeda parece un fénomeno de honradez. No sé que me diga. A mas de esto, es muy

agradable, dócil, respetuosa,... pero lo que yo no entiendo es su esplendidez. Es cosa que pasma en que una que vive de limosna. De cuatro luises que le dió esta mañana el señor Domicio, ha gastado ya casi la mitad en beneficio de nuestra casa. Si habrá resuelto en su interior el vivir siempre con nosotros! Ojalá! Me gustan tanto sus urbanos modales, que me tienen embelesada, y estoy en su presencia como un niño de teta delante de una luz. Quiera el cielo que la suerte le sea favorable para con su tio.... Alguien sube la escalera. (*Mira por la puerta.*) Ella es sin duda. Me alegro.

ESCENA VIII.

Dicha y Hermenegilda.

Her. Dadme una silla, Susana.

Sus. Al instante. Aquí está. (*Se la dá.*)

Her. Oh! (*se sienta.*)

Sus. Estais muy cansada. ¿Qué ha sucedido?

Her. He tenido que andar con mucha velocidad muchas calles de Paris.

Sus. ¡Sola!

Her. No: á pocos pasos de aquí me junté con un sugeto que me fué siempre acompañando.

Sus. Y al volver, ¿cómo lo dejasteis?

Her. En el mismo paraje.

Sus. ¡Escelentemente!

Her. Es objeto por el cual salí de casa.

Sus. Lo sé.

Her. ¿Quién os lo dijo?

Sus. Vos misma.

Her. ¿Cuándo?

Sus. Antes de iros.

Her. Será como decís; pero no me acuerdo.

Sus. ¿No tenias que ir á ver un tio materno mas bien rico que pobre, caritativo, para implorar su asistencia.

Her. Si, si: tienes razon. (¡Cuán presto se olvidan las mentiras!)

Sus. Dijisteis tambien lo mismo á Crispin.

Her. Ahora que viene al caso. ¿No se le vé por ahí? ¿Estaria fuera de casa?

Sus. Lo adivinasteis.

Her. ¿Quedasteis en paz?

Sus. El queria capitular; pero yo no he consentido.

Her. Hiciste mal.

Sus. Porqué?

Her. Una borrasca demasiado larga....

Sus. Despues de una gran borrasca viene casi siempre una calma perfecta; pero dejemos eso, y hablemos de vuestros asuntos. ¿Qué dice vuestro tio?

Her. Me concede asilo en su casa, y un situado decente.

Sus. Lo celebro infinito.

Her. Esta tarde, ó mañana á mas tardar, pasaré á la nueva habitacion.

Sus. ¿Con qué, queréis abandonarnos?

Her. Si queréis veniros conmigo entrambos, lo pasarémos del mejor modo que se pueda. Decidme ahora, Susana. ¿Habeis notado que efecto produjeron en mi corazon los virtuosos sentimientos del señor Domicio?

Sus. ¡Toma! Los del amor.

Her. Decís mucha verdad. Sabed pues que

pasando yo, habrá como cosa de una hora, delante del café del Fénix, allá donde suelen reunirse todos los jóvenes de estos alrededores, me pareció oir su voz. Pregunté á mi guia si aquel café tenia alguna otra entrada. — Dos mas, ó tres, sino me engaño, respondió! — Iutroducidme por el mas solitario. — Vamos pues por allá, me dijo, y en un momento, entramos, y ví satisfechos mis deseos... ¡ Ah! Susana! ¡ Qué alboroto oí, desde el cuarto posterior, en donde estábamos ocultos! ¡ Qué ruido se oia en él! Así que se presentó el mozo del café, para preguntarnos si queríamos refrescar, le pregunté el motivo de aquel susurro. — Por lo que he podido colegir, me contestó, se disputa entre unos loquelos, acerca la vergüenza ó desvergüenza de una Penelope ambigua, que desde el fondo de su habitacion se ha atrevido á implorar la piedad humana, por medio de unos manifiestos impresos. ¡ Ah! No podeis figuraros, ó Susana, los violentos movimientos que me hizo entónces la sangre. Un yelo y un horror se apoderáron de mí, ocupándome de los pies á la cabeza.

Sus. Ya me lo figuro.

Her. Apénas hubo salido de ella el mozo del café, me fuí acercando con mucho cuidado y circunspeccion al parage del tumulto.

Sus. ¡ Qué imprudencia! ¡ Y si os hubiesen llegado á ver y á conocer?

Her. La suerte me fué propicia en esto, pues habia un cuarto intermedio, que sirve sin duda de arsenal á los utensilios del café, y que está muy poco iluminado, no recibien-

do mas luz que la que le entra por una ventana que da á la sala del ruido; y desde allí pude satisfacer plenamente mi curiosidad.

Sus. Fué esto una dicha para vos.

Her. Habiéndome llegado á una escalera de mano, que oportunamente se encontraba allá, subí algunos escalones, y ví sin ser vista. Jevré, Delté y Lamote estaban á un lado, en el otro el buen Domicio y al rededor una multitud de curiosos. —Mentirosos! Esta es la primera palabra que oí.

Sus. ¿Quién lo dijo?

Her. Lo conocerás por lo que sigue. Malvados, impostores, de nada os podeis alabar en detrimento de aquella honrada jóven. —Tú eres el impostor, respondia otro tumultuariamente, pues quieres hablar de una persona que no conoces. Ella es una baja Danae, sedienta de oro, y cubierta levemente con el velo de la apariencia. Os digo que es virtuosa, repetia el otro, y tanto como vosotros perversos. —Vengan pruebas, gritaban los tres. —Pruebas y no insolencias se necesitan para persuadir, señor abogado de las causas perdidas. —Domicio entónces, con el rostro encendido como la aurora borreal, esclamó con toda su fuerza, diciendo: mil y mil podria daros, todas contrarias á vuestras falsas jactancias; pero como la inocencia no necesita de justificaciones, prefiero callar, para vergüenza vuestra. Los mas eficaces medios con que confio castigar tanta perfidia, serán la espada ó la pistola. Escoged el arma que querais. Uno por uno, os desafio á todos

tres. Seguidme..... ¡Oh! ¡Cómo me latia el corazon en aquel peligroso instante! Queria gritar, queria salir; pero las juiciosas leyes del pundonor y de la decencia me lo impedian; y si en lo mas vivo de la disputa no se hubiese presentado un anciano venerable á sosegarlos, yo habria muerto de susto.

Sus. Con vuestra relacion me habeis dejado atónita. ¿Quién era pues aquel viejo?

Her. Fuè tanto el gozo que sintió mi corazon á vista de la inesperada pacificacion de los cuatro enemigos, que desde aquel mismo instante no ví, ni oí nada mas, y me retiré con presteza.

Sus. ¡Pobrecita!

Her. ¡Cuánto interesó á mi alma el buen Domicio!

Sus. ¿Pero qué esperais de semejante interes?

Her. Lo ignoro.

Sus. No pretendais volar demasiado alto con vuestra imaginacion!... pero sino me equivoco, llaman á la puerta de la calle. Quien quiera entrar, puede hacerlo con toda libertad, pues siempre está abierta.

Her. Ya lo sé; pero como aguardo... No, no me equivoco ahora. Alguien sube la escalera.

Sus. Así me parece tambien.

Her. Si será!... id á verlo, Susana.

Sus. Al instante.

Her. El corazon me está saltando.

Sus. Es el señor Domicio.

Her. ¡Válgame Dios!

ESCENA IX.

Dichos y Domicio.

Dom. Señorita, un apreciado recado vuestro me proporciona el gusto de volver á veros. Aquí estoy á vuestras órdenes. ¿En qué puedo seros útil?

Her. Hacedme el favor de sentaros.

Dom. Con mucho gusto.

Her. Quisiera...

Dom. ¿Porqué suspendeis vuestras palabras?

Her. El deseo de oir de vos mismo....

Dom. Proseguid. Sea cual fuere el motivo porque me llámais, me será siempre suave.

Her. (¡Ah! No sé con que estratagema plausible dar colorido á mi recado.)

Dom. Proseguid, señora. ¿Porqué callais?

Her. Porque recelo que mi pregunta os ha de parecer indiscreta; y esto es lo que interrumpe mi razonamiento. Perdonad.

Dom. A vista de la leal declaracion, que acabo de haceros, hubierais podido congeturar cuanto iuflujo teneis sobre mí.

Her. ¡Sobre vos! Esta bella espresion salida por casualidad de vuestros lábios, los cuales no saben proferir mas que palabras atractivas, la considero como llamarada de verano, que nace y muere en un mismo momento.

Dom. El hablar por casualidad es propio de cabezas ligeras, señorita. Luego me poneis en el número de ellas.

Her. El cielo me guarde de semejante disparate.

Dom. Sin embargo la consecuencia es legítima.
Her. Me alegraria que mudásemos de conversacion.
Dom. Como mas os guste.
Sus. (Aquí estoy haciendo la figura del candelero. Mejor será que me vaya.) (*Vase.*)

ESCENA X.

Dichos ménos Susana.

Her. El argumento de nuestra conversacion lo aguardo de vuestra fecundidad de ingenio.
Dom. ¡De mi ingenio!
Her. Un jóven amable como vos, un jóven que vive en medio de la sociedad, no puede estar jamas exausto de noticias interesantes.
Dom. ¡Un jóven amable! Vos, señorita, quereis divertiros á costa mia.
Her. No soy capaz de ello.
Dom. ¿Luego me encontrais tal en efecto?
Her. ¡Qué pregunta es esta?
Dom. Análoga á vuestro discurso.
Her. ¿Y si fuere así?
Dom. Lo sentiria de veras.
Her. (¡Ay de mí!)
Dom. Perdonad mi sinceridad.
Her. (Me deja de yelo.)
Dom. ¿Enmudeceis?
Her. ¿Aborreceis acáso el bello sexo?
Dom. Al contrario.
Her. ¿Porqué motivo pues sentiriais que os encontrase amable?
Dom. Os lo diré con franqueza.
Her. (Yo tiemblo.)

Dom. Me tengo por tan honrado, como os considero cuerda. Una propuesta indecente, ni vos la tolerareis, ni yo seria capaz de hacérosla. ¿Luego qué otra lisongera esperanza podria yo alimentar de conseguir un bien que no me parece hecho para mí? ¿La del matrimonio?.... ¡Oh! ¡Cuántos obstáculos se ofrecerian entónces, y entre los mas fuertes, sin duda vuestra negativa, y sobre todo, mi poca fortuna. Esta sola no bastaria para destruir la esperanza: pero si yo llegase á obteneros por medio del matrimonio, ¡con qué fondos habia de acudir á vuestra subsistencia! Os lo repito. En mí veis un jóven honrado, hijo de un comerciante mas acreditado que rico. Esta tan sincera como espontánea declaracion mia, sirva para persuadiros de que no me hallo en el caso de poder sostener el continuo gasto, que trae consigo una consorte, cuando no se la quiera tratar como á esclava. Sin embargo, tengo lo suficiente para poder de cuando en cuando socorrer á la afligida humanidad: señorita, creo haberme esplicado lo bastante. Siempre que os encontreis en alguna urgencia, me haréis un favor en contar conmigo. De aquí podeis conocer cuanto deseo que me conserveis vuestra estimacion, y que de cuaudo en cuando permitais que tenga el gusto de visitaros.

Her. A tenor de lo que oigo, debo colegir que no os casareis jamas.

Dom. No por cierto, si la fortuna no me es mas propicia de aquí en adelante.

Her. Temeriais acáso que os faltase la tierra debajo de vuestros pies. ¿La verdadera

felicidad jamas se ha albergado en las casas de los ricos.

Dom. Pero añadid tambien que la infelicidad anduvo siempre unida á la miseria.

Her. El hombre de bien se contenta con tener lo preciso para subsistir.

Dom. Pero el hombre de bien carece á menudo de lo preciso.

Her. Luego las riquezas....

Dom. Son propiedad de los astutos.

Her. ¿Qué juicio formais pues de los que son ricos por herencia?

Dom. Que tuvieron antecesores astutos.

Her. ¿Y despreciais á los ricos?

Dom. Los aprecio y admiro, cuando saben hacer buen uso de sus caudales.

Her. Ah! Vos sois una a..... (*Con viveza.*)

Dom. Proseguid. Mucho me gustaria oir lo restante de la espresion que se ha quedadado truncada al salir.

Her. Una admirable persona, queria decir. Ya os he complacido. Veo que sois algo maliciosillo.

Dom. Y vos muy cortes, señorita.

Her, (Soy toda de fuego.)

Dom. (Esta muger me encanta con su talento y modales. Ah! Mejor será que me vaya.) (*Se levanta.*)

Her. Qué! ¿Os vais? (*Se levanta tanbien.*)

Dom. Sino mandais otra cosa.

ESCENA XI.

Dichos y Alberto.

Alb. (Ola! No me engañáron Delté, Jevré y

Lamote!) (*Quedándose al umbral de la puerta, que estará detras de los personages.*)

Her. Señor Domicio, yo obedezco y no mando.

Dom. Esto es solo por lo que os dije, que la fortuna reparte sus favores caprichosamente. Pasarlo bien. (*Yéndose.*)

Her. Cuandò nos volverémos á ver.

Dom. Luego que pueda. (*Yéndose.*)

Alb. Deteneos un poco y nos irémos juntos. (*Deteniéndole.*)

Dom. (¡Qué veo!)

Her. (No me equivoco, es el mismo que sosegò el tumulto del café.)

Alb. Señorita, he pasado adelante con toda libertad, porque no habia nadie en la puerta.

Her. La mendicidad, caballero, no necesita de centinelas.

Alb. (¡Bueno!) Ademas, estaba abierta de par en par.

Her. Esto quiere decir que aquí no tememos insultos, ni se traman intrigas. ¿Gustais de sentaros?

Alb. Si no os incomoda, lo haré.

Her. Todo al contrario.

Alb. (Tiene muy buenos modales.)

Her. ¿Qué es lo que me proporciona el honor de esta visita?

Alb. El deseo de conoceros.

Her. Satisfaced vuestra curiosidad.

Alb. No abusaré seguramente de vuestra condescendencia.

Her. ¿Con quién tengo el gusto de hablar, caballero?

Alb. ¿No me conoceis?

Her. En tal caso no os lo preguntaria.

Alb. Teneis razon.
Her. Perdonad.
Alb. Soy Alberto Blumer, hombre honrado.
Her. Prerogativa, que no poseen todos.
Alb. Mi profesion es el comercio.
Her. Noble estado.
Alb. Soy enemigo de cumplimientos.
Her. Esto quiere decir que no malgastais el tiempo.
Alb. (¡Que noble franqueza!) Mis caudales no son.... pero ¿para qué me canso? Ese jóven me conoce bien. El puede informaros de mí circunstanciadamente.
Her. Caballero, mis deseos no eran mas que saber vuestro nombre.
Alb. He querido decíroslo todo, para tener luego el derecho de preguntaros, y averiguar de vos otro tanto.
Her. Satisfaré de buena gana vuestra curiosidad.
Alb. ¿Cómo os llamais?
Her. Hermenegilda de Albrun.
Alb. Vuestro carácter....
Her. Toma siempre por norte la honradez.
Dom. ¡Qué preguntas!
Alb. Si sabeis lo que exige la cortesía, cuando los otros hablan, debeis callar.
Her. (Este hombre es muy estraño.)
Alb. ¿Cómo lo haceis para vivir?
Her. Vivo de limosna.
Alb. ¡Pobre oficio!
Her. Pero no deshonesto.
Alb. Es muy cierto. ¿Teneis madre?
Her. ¡Ah! No señor.
Alb. ¿Padre?
Her. Tampoco.

Alb. ¿Parientes?

Her. Soy la única de mi familia, á quien haya respetado la muerte.

Alb. Vivís con otras gentes?

Her. Vivo en compañía de dos personas honradas.

Alb. ¿De qué sexo?

Her. De entrambos.

Alb. ¿Marido y muger?

Her. Si señor.

Alb. Cuál es su estado?

Her. Pobres.

Alb. ¡En dónde están?

Her. El hombre se halla ahora fuera de casa.

Alb. ¿Y la muger?

Her. En aquel cuarto.

Alb. Llamadla.

Her. Susana.

ESCENA XII.

Susana y dichos.

Sus. ¿Señora?

Alb. Acercaos.

Sus. Aquí estoy.

Alb. (*Se pone los anteojos y la examina.*) Su fisonomía es buena, si el sistema de Levater no me engaña.

Sus. (Qué cumplimiento es este!)

Alb. Podeis retiraros.

Sus. ¿Es loco este hombre? (*A Hermenegilda*)

Her. Se me figura estravagante. (*A Susana.*)

Sus. (Todos paran aquí. Vaya.) (*Vase.*)

ESCENA XIV.

Dichos ménos Susana.

Alb. Señorita, ¿cuàntos años teneis?
Her. Veinte.
Alb. Edad de las ligerezas.
Her. Y vos?
Alb. Sesenta.
Her. Edad de los achaques.
Alb. No tengo ninguno todavía.
Her. Tanto mejor para vos.
Alb. (Quiero probar su corazon.) ¿Deseariais mudar de estado?
Her. Segun las circunstancias.
Alb. Vos me gustais mucho, ¿Y yo á vos?
Her. Así, así.
Alb. ¿Os casariais conmigo?
Her. No señor.
Alb. Bella sinceridad! ¿Teneis acáso dado ya el corazon.
Her. Quién sabe? (*Mirando á Domicio.*)
Alb. (Quedo enterado.) ¿Cuànto tiempo ha que conoceis á este mocito?
Her. De esta mañana.
Alb. No podeis contar con él.
Her. ¿Porqué decís esto?
Alb. Porque no es dueño de sí.
Her. Está casado? (*Con interes.*)
Alb. No.
Her. Empeñado? (*Como arriba.*)
Alb. No lo creo.
Her. ¿De quién depende?
Alb. De su padre.
Her. Respetable superior.

Alb. Ya lo sé.

Her. ¿No quiere que se cese?

Alb. Con el tiempo.

Her. Y ese padre....

Alb. Soy yo.

Her. ¡Vos! (*Levantándose.*)

Alb. Si, señora.

Dom. (¡Cuánto padezco!)

Alb. Señorita. Por nuestro diálogo he conocido que sois cuerda, cauta, síncera y dotada de talento. Aconsejad vos misma á este inesperto jóven, á cortar en sus principios una cierta inclinacion que podria serle fatal.

Her. Indicadme el como, y quedaréis satisfecho.

Dom. (¡Qué va á decir!)

Alb. El medio mas eficaz seria el de que no frecuentase mas esta casa.

Dom. (¡Ay de mí!)

Her. ¿Lo oisteis, Domicio? Vuestro padre os lo aconseja por mi boca. Esta casa de aquí en adelante estará cerrada para vos; pero hacedme el favor de manifestarle que aquí no encontrasteis ni la seduccion, ni el capricho, ni la culpa: decidle que las personas que habitan en ella, aunque pobres, sino son acreedores á vuestras atenciones, tampoco son dignas de vuestro desprecio. Adios señores. (*Yéndose.*)

Dom. Deteneos, señorita. Querido padre...

Alb. Hijo incauto! ¡Quisieras hacerte infeliz á tí y á esa señorita igualmente?

Dom. Nuestro estado no es tampoco...

Alb. Poco ménos que miserable. ¿Ignoras acáso las últimas desgracias que nos han sucedido? Si el comerciante Vayner de Mar-

sella llega á quebrar, como se da por positivo, no nos quedará casi para vivir.

Dom. ¡Qué oigo!

Alb. ¿Cómo quisieras pues mantener, educar y establecer á tus hijos?

Dom. Vuestras razones me convencen, ó padre, y reprimen, á la fuerza, mis honestos deseos acerca de esa jóven.

Alb. Yo no puedo mênos de compadecerte.

Her. ¿Cuáles deseos alimentabais pues, ó Domicio?

Dom. Los de tomaros por esposa.

Her. (¡Oh qué alegría!) Pero vuestro padre...

Alb. Sino mediase el obstáculo de la maldita miseria, su padre consentiria.

Her. ¡Si!... (*Con muchísima alegría.*) ¡Ah! que estas solas leales declaraciones son un confortativo para mi pobre corazon.

Alb. ¡Buena muchacha! Valeis mucho.

Her. Mas valeis vos, que hallándoos en vísperas de una desgracia, sabeis prepararos al golpe con tanta filosofía!

Alb. Los cuidados, querida, jamas remediaron desgracia alguna, ni pagaron un maravedí de deuda.

ESCENA XV.

Dichos, Jevré, Lamote y Delté.

Jev. Señor Alberto.

Alb. ¿Quién me llama?

Dom. (¡Otra vez estos aquí! ¡Qué rabia!)

Her. (¡Qué descaro!)

Jev. Vuestra escesiva tardanza nos ha hecho sospechar que alguna trama violenta, ó, si-

mulada os detuviese, y hemos acudido para ayudaros.

Alb. Mil gracias por el buen afecto; pero no os necesito para nada. Podeis retiraros.

Her. Los habitantes de este asilo no son Delté, Lamote, ni Jevré, para que el señor haya debido temer tramas, ni acechanzas.

Dom. ¡Infames! ¡Os atreveriais á calumniar de nuevo la honesta mendicidad en su propio asilo!

Lam. El Roldan de la nueva Angélica ha hablado: la prudencia manda que nos pongamos al abrigo de sus furias. Ah! Ah! Ah!

Dom. Tú el primero huye de ese lugar, si aprecias la vida.

Del. (Yo no quiero disputas y me escapo.) (*Va á salir.*)

ESCENA VXI.

Dichos y Crispin.

Crisp. Atras. (*Saliendo por la puerta comun.*)

Del. Ah! (La trampa está cerrada., ¡Pobre de mí!)

Jev.. Delté, Lamote, temerémos acáso las valadronadas de esas gentes? Acordaos con que propósito hemos vuelto acá!

Her. (Ay de mí! Mucho temo un trastorno.)

Lam. ¡Yo temblar!

Dom. ¿Con qué propósito agresores perversos? O salid al instante de esta casa, ó yo os hago saltar la tapa de los sesos. (*Saca una pistola.*)

Alb. Soségate, hijo.

Her. Por Dios, Domicio.

Jev. O tú á nosotros, ó nosotros á tí. (*Saca otra.*)

Lam. (Estamos en el empeño, y es fuerza hacer el valiente.)

Del. (Harto lo veo.)

Her. (Yo tiemblo como la oja en el àrbol.)

Crisp. Amigos, estad prevenidos, y á la seña convenida, embestid y acabad con los tres. (*Hablando ácia la escalera.*)

Del. (Hombres apostados por la escalera! Aquí no hay escape.)

ESCENA XVII.

Susana y dichos.

Sus. ¡Qué ruido se hace en este cuarto?

Lam. ¡Con qué estamos bloqueados por todas partes!

Jev. La trama estaba concertada de antemano; pero yo....

Cresp. Silencio. Una sola palabra que digais será la señal del esterminio.

Del. Estémonos quietos por Dios!

Jev. ¿Y deberémos vilmente?...

Crisp. Otra palabra que os oiga pronunciar, basta.

Jev. Pero....

Crisp. ¿Lo queréis? (*Con mucha ira.*) Lo queréis. Ya lo veo.

Lam. Ah! No, no, no.

Crisp. Entrégueseme pues esa pistola.

Jev. Primero quiero...

Crisp. Pronto, ó llamo.

Del. Sino temes por tí, ten compasion de nosotros. (*A Jevré.*)

Crisp. Lo repito por última vez.

Jev. Tomadla. ¡Oh rabia! (*Se la dá.*)

Crisp. Gracias, señor médico de las quemaduras de café. Vosotros, sacad las vuestras.

Lam. No tengo ninguna.

Del. Ni yo tampoco; y si no lo creeis, miradme.

Crisp. Ya os creo. Señor Domicio, venga esa pistola.

Dom. Con qué, tambien yo?

Crisp.. ¿Quereis que me enfade?

Dom. No me trae cuenta. Tomad. (*Riendo.*)

Crisp. Ya están pues todos desarmados. Así va bien.

Alb. ¡Viva vuestra soltura y destreza.!

Crisp. Callad, y dejadme acabar la obra. Con estos instrumentos de muerte, bien veis que me seria muy fácil tomar venganza de las afrentas, que vuestros sacrílegos lábios intentaron hacer, con falsas jactancias, á mi honor y al sosiego doméstico de mi familia.

Her. Sus lenguas infernales, no pueden causar daño alguno á la reputacion de nadie, pues todos los conocen. De lo contrario, mas infamada estaria yo que Susana.

Crisp. ¡Tambien de vos hablaron mal!

Her. Si, y en un café público.

Alb. ¡Hablador imprudente! (*A Domicio.*)

Dom. Por mi parte, puedo juraros que no ha sabido nada.

Her. Desde el cuarto vacío, que sirve de arsenal á los utensilios del café, yo misma lo oí con mis propios oidos.

Alb. ¡De veras!

Her. No miento, no; y si vos no hubieseis llegado á tiempo, para sosegar el tumulto,

vuestro hijo hubiera salido á batirse, en defensa de mi honor.

Crisp. ¡Ah pícaros, desalmados! Afortunadamente yo me hallaba con la señora Hermenegilda la segunda vez que vinisteis á verla, y puedo responder de cuanto pasó.

Dom. ¿Y acáso no me hallaba yo tambien en aquel cuarto con la señora, mirando y escuchando todo cuanto sucedia?

Lam. (El embrollo se descubre cada vez mas.)

Jev. (Empiezo á temblar.)

Del. (Estoy mas muerto que vivo.)

Crisp. Pronto bribones. O desdecirse al instante, ó le abro á cada uno una ventana en el pecho, paraque se le vea el nido de sus infamias.

Del. Confieso, yo el primero, que toda la utilidad que pudímos sacar de la señora, en órden á galanterías, consistió únicamente en solemnes bofetadas.

Crisp. Animo, Lamote, no titubeeis, ¡suelto el gatillo, y abur!

Lam. Es cierto. Todo aquello de que nos jactamos en el café es un embuste.

Crisp. Ah! Tunantes! Ahora que por medio de la fuerza confesasteis vuestras iniquidades, ¿qué castigo se os deberia dar? La muerte. Pero esta no basta para purgar tanto crímen: sin embargo tendré un placer en hacer de verdugo; y empezando por tí... (*Apuntando la pistola al pecho de Delté.*)

Del. Ah! No, por amor de Dios. (*Asustado.*)

Crisp. ¡Cómo no te amedrentó el delito, y te intimida la pena! ¡Pusilánime! Cobarde!

Her. Perdónales, Crispin, que se vayan.

Sus. Si, si, perdónales.

Cresp. A tal intercesor nada se niega.

Del. (Ah! Respiro!)

Crisp. Pero idos, huid, quitaos de mi presencia.

Del. ¿Y los hombres que están apostados por la escalera, nos dejarán pasar!

Crisp. Los apostados! ¡Eh!... ¡Necios, incautos, locos!... Estos son los apostados, y no otros. (*Señala las pistolas.*)

Jev. Con que eso fué....

Crisp. Una ficcion para atemorizaros y desarmaros.

Jev. Ah! Malhaya....

Cisp. Alon, march....

Jev. La rabia me sofoca.

Crisp. Alon. (*Les acompaña con las pistolas dirigidas á ellos hasta la puerta.*)

Alb. Dadme un abrazo, hombre ingenioso.

Her. Me dejais admirada, Crispin.

Dom. Mereceis la estimacion de todos.

Sus. En efecto.

Crisp. ¿Tambien la tuya?

Sus. Tambien la mia.

Crisp. Abrázame pues.

Sus. De buena gana. (*Se abrazan.*)

Crisp. ¡Viva mi esposa! Las paces están hechas. Aquellos lechuguinos se burlaron de mí en el café, porque naturalmente soy demasiado bueno é ignorante; pero cuando conozco la picardía, una vívora no es tan venenosa como yo; y en los lances apurados nunca me faltan ocurrencias.

Alb. Viva vuestro ingenio; pero es tiempo que os quitemos tambien la molestia.

Her. El gusto, direis mejor.

Alb. Sois muy cumplida.

Her. Y vos muy amable.

Alb. Guárdeos el cielo. (*Yéndose y aguardando á Domicio.*)

Her. Servidora vuestra.

Dom. Me voy, señorita, pero mi corazon queda con vos.

Her. Si fuese verdad, lo cuidaria muchísimo.

Dom. Yo os lo aseguro.

Her. Con que soy dichosa.

Dom. Pero no debemos vernos mas.

Her. ¿Quién sabe? El tiempo lo compone todo.

Dom. Viviré con esta esperanza.

Her. Que tal vez se efectuará. (*Durante este corto diálogo habrán ido andando ácia la puerta, á donde habiendo llegado, se separan.*)

Crisp. Por fin acabaron. Ah Susana, abrázame otra vez.

Sus. De buena gana.

Crisp. Cerrad, y venid conmigo.

Sus. Vamos.

Her. Vamos. (*Cierran y vanse dentro.*)

Fin del acto tercero.

ACTO IV.

Sala magnifica ricamente amueblada en casa de Virginia de Valverde, con tres puertas, dos laterales, y una en el fondo. En cada una de ellas habrá dos porteros con banda y alabarda, segun uso de las casas principales de Francia en aquella época.

ESCENA I.

Delté, que sale acompañado de un criado, vestido como los anteriores, quien le hará señas paraque aguarde, y se va por la puerta del fondo.

Del. Eso va á maravilla. (*Mirando al criado.*) Ese hombre no padecerá seguramente inflamaciones de garganta, por demasiado hablar. ¡Qué palacio tan magnífico! ¡Qué salas! Qué corredores! Este salon es primoroso. Si el ídolo que convida aquí clandestinamente, tiene un mérito proporcionado al magnífico templo, en que reside, debe de ser cosa sobre humana. ¡Ah! no quepo en mi regocijo! Cuando Lamote y Jevré lleguen á saber mi aventura, se morirán de envidia. ¡Pero como podrian llegar á saberla! No por mí, que he aprendido, bien á mi costa, á callar, con la terrible tempestad de hoy. Si á aquel maldito zapatero se le hubiese metido en la cabeza el capricho de soltar el gatillo á las pistolas, en lugar de hallarme en las aras del templo del amor,

me hallaria actualmente en el lúgubre y melancólico asilo del silencio. ¡Pero cuánto tarda en volver aquel criado! ¡Qué es esto! No lo habia reparado. En cada puerta hay porteros armados! La señora debe ser de una esfera sumamente elevada.

ESCENA II.

Dicho, y Lamote, que sale por la misma puerta por donde salió Delté, acompañado del mismo criado, al cual despues de haber hecho las mismas señas, se va por la puerta del centro.

Del. (¡Aquí Lamote! ¡Y el mismo criado le introduce!)

Lam. ¡Ola! ¡Tú aquí! ¡Qué es esto!

Del. (A buen seguro que le diga cosa alguna del convite amoroso.)

Lam. ¿No merezco respuesta?

Del. Perdona. Estaba distraido por un asunto interesantísimo.

Lam. (Segun el contenido del billete, no debí encontrar aquí á nadie.)

Del. ¿Y tú, Lamote, cómo viniste?

Lam. (No seré tan majadero que se lo diga.)

Del. Bravo! ¡Me quieres pagar con la misma moneda! ¡Eh!

Lam. No, amigo, no. Sabes que algunas veces nos acuden pensamientos....... Algunos asuntos de familia.

Del. ¿Tienes acáso intereses domésticos en este palacio?

Lam. (Sigamos su idea.) Algunos.

Del. (Respiro.) ¿ Tienes que estar aquí mucho tiempo?

Lam. Eso, segun. Dime la verdad. Tu, viniste aquí sin duda por alguna intriguilla de amor.

Del. Ni por sueños. Una órden de mi padre me llama aquí. Tengo que aguardarle, pero, á decirte verdad, estoy ya fastidiado.

Lam. Te urge mucho el verle?

Del. Muchisimo.

Lam. Pero aquí precisamente?

Del. O aquí, ó en otro parage.

Lam. Siendo así, puedo fijamente decirte en donde se halla en este momento.

Del. Hazme pues este favor.

Lam En la tienda del farmacéutico Lambros. Le dejé allí habrá un cuarto de hora.

Del. Te agradezco infinito el aviso.

Lam. Si, pero sino te das prisa, no le encontrarás.

Del. ¿ Porqué?

Del. Porque por lo que hablaban, tenia que ir inmediatamente á otra parte.

Del. No estando cierto de que le encuentre en la tienda de Lambros, mas vale que le aguarde aquí.

Lam. Aquí no creo que venga tan pronto como eso, pues tenia que pasar á la aduana, por asuntos de comercio.

Del. Mira tú si querré ir de aquí á la aduana, que dista mas de tres cuartos de hora.

Lam. No te digo que vayas allá, sino á la tienda.

Del. Si tenia tanta prisa, habrá salido ya.

Lam. Es imposible. Estaban sacando una cuenta muy larga, sobre unas ventas de cera, y

ví que habia un sin fin de quebrados.

Del. (Qué estuto es!) Este pie... este pie....

Lam. ¿Qué tienes en él?

Del. Al subir una escalera, resbalé, y por poco me lo rompo.

Lam. Lo siento. (Ojalá te lo hubieses roto de veras ántes de venir aquí.)

Del. ¿Y tu negocio, piensas despacharlo pronto?

Lam. Nada de eso. ¿Quién sabe cuando llegará la persona que estoy aguardando?

Del. ¿No podria ser que llegase luego?

Lam. Todo es posible; pero lo miro muy difícil.

Del. Hay probabilidad, ó no?

Lam. Casi, casi diria que no.

Del. Siendo así, mi buen amigo, hazme el favor de evitarme este cansancio, pues el pie está condolido: vete, en mi lugar, á la tienda del boticario Lambros, y dile á mi padre que....

Lam. No seré yo tan bestia. En un instante puede suceder lo que no acontece en un dia entero. ¿Y si en este intermedio, llegase el sugeto que aguardo?

Del. Procuraré entretenerle.

Lam. No es posible, no.

ESCENA XI.

Dichos y Jevré acompañado del mismo criado, el cual hará las mismas señas y se irá.

Del. (¡Aquí tambien Jevré!)

Lam. (¡Qué enredo es este!)

Jev. (No me equivoco. Son ellos.)

Del. Bien venido, amigo Jevré.

Lam. Abur.

Jev. Abur. (Esta es buena; y debia hallarme solo.) ¿Qué haceis en este parage?

Del. ¿Y tú, á qué vienes?

Jev. Por asuntos caseros.

Lam. Yo tambien.

Del. Y yo y todo.

Jev. (No entiendo ese enigma.)

Del. (Esto empieza á ponerme confuso.)

Lam. (Está tan embrollado mi entendimiento, como una pulga en un saco de lana.)

Jev. (La venida de estos dos, aquellos criados con alabardas, y el otro que no habla palabra, me hace todo sospechar... No hay duda.... Esto es.) Amigos acercaos, escuchadme atentos. (*Se reunen.*) Aquí es preciso que nos quitemos la máscara de la cara, y que hablemos con franqueza. Os aseguro que nuestra recíproca sinceridad nos podrá ser sumamente útil: yo os animaré con mi egemplo. Leed: este es el billete con el cual una tal Virginia de Valverde, convidándome á un coloquio secreto, me ha invitado á venir á este palacio.

Del. Yo recibí otro.

Lam. Y yo igualmente.

Jev. Confrontémoslos. (*Se los truecan.*)

Del. Este es igual al mio.

Jev. Este es lo mismo.

Lam. ¡Qué enredo es este!

Jev. Yo os lo esplicaré. Bajo el velo de un convite amoroso, se nos trama aquí sin duda alguna picardía.

Del. ¡Qué ha de ser!

Lam. ¿En qué lo fundas?

Jev. En mil cosas; aunque la sola igualdad de los tres billetes seria suficiente para hacer concebir las mayores sospechas.

Lam. ¿Y no podria ser esa Virginia alguna caprichosa, que quisiese escoger entre nosotros un amante, ó un marido?

Jev. Si esto fuese, no nos habria llamado separadamente y con misterio.

Lam. No dices mal.

Del. Puede que quiera hacer una evaluacion de nuestro respectivo mérito, por medio de un careo.

Lam. Tambien es posible.

Jev. Ambos estais soñando, amigos.

Lam. Yo nunca he visto, ni conocido á esta señora Virginia de Valverde. ¿Cómo pues puede darse por ofendida de mí hasta el punto de tramar una acechanza?

Del. La misma razon puedo dar yo.

Jev. Vuestros débiles entendimientos no profundizan las cosas. Yo, acá para mí, tengo muy fuertes sospechas de que la señorita Hermenegilda de Albrun sea esa Virginia de Valverde, disfrazada de mendiga.

Lam. ¡Oh! Esta juiciosa razon aclara en un instante mi entendimiento!

Del. ¡Qué sospecha tan diabólica se apodera de mí!

Jev. Creo que lo mas prudente seria retirarse de aquí sin tardanza.

Del. Si, vamos, vamos.

Lam. Por mí vamos.

Jev. Seguidme (*Yéndose. Al llegar á la puerta, los porteros cruzan las alabardas, para impedir la salida.*)

Del. ¡Estamos frescos!

Jev. ¡ Qué os dije!

Lam. ¡ Qué trama será esta !

Jev. Lo peor de todo es que estoy desarmado. ¿ Y vosotros ?

Del. La cosa mas nociva que traigo encima es una botellita de agua de olor.

Lam. Y yo una cajita de diabolines. ¡ Qué situacion tan crítica !

Del. Apénas salímos de un cenegal, nos hallamos metidos en una laguna. ¡ Malhaya nuestra suerte !

Jev. Es preciso no acobardarse, y probar todos los medios de superar los obstáculos. — Ehi, buena gente.... Buena gente.... ¿ No respondeis ?

Del. (Estoy temblando, como un azogado.)

Jev. ¿ Porqué motivo nos impedís la salida?

Lam. Mas duros están que una piedra.

Del. Si serán sordos, ó mudos!

Lam. Estatuas parecen.

Del. (¡ Qué miedo tengo!)

Jev. Amigos, vamos; y sino valen las palabras, empleemos la fuerza. (*Yéndose.*) (*Los porteros apuntan las alabardas á los pechos de Lamote y Jevré, y dicen gritando*) — Alto.

Lam. (No escapamos de esta.)

Del. (No doy dos cuartos por mi vida.)

Jev. Por la puerta del fondo llega mas gente.

Del. Será algun refuerzo de enemigos. ¡ Pobres de nosotros ! (*Casi llorando.*)

ESCENA IV.

Dichos y Amalia vestida pomposamente, precedida de cuatro criados con librea de gala y dos camareras.

Lam. Rodeada de lacayos y camareras, se adelanta la dama.
Del. Si; pero no es Hermenegilda.
Jev. No.
Lam. Siempre va aumentando mas y mas la confusion de mi entendimiento. (*Amalia, que habrá quedado en el fondo, hace una seña y se van todos, cada cual por la puerta mas inmediata.*)
Jev. (A una seña suya, todos han desaparecido, con la ligereza de un relámpago.)
Lam. (No sé que me piense.)
Del. (Si será alguna maga.)
Am. Queridos, perdonad, (*adelántase*) si os hice aguardar demasiado; pero es estilo de familia.
Del. (¿Oísteis? Nos ha llamado queridos.) (*alegre.*)
Am. Me pareceis turbados. ¿Qué motivo teneis?
Jev. Diré, señora. Aquella gente armada, su grito....
Am. Fué para darme á entender que estabais cansados de aguardar. Estilo de casa, amigos, estilo solo.
Lam. Habiendo querido salir de aquí...
Am. Habrán cruzado las alabardas, y se habrán opuesto. Todo esto no es mas que estilo de familia, queridos, estilo solo.

Del. ¿Y el no responder á nuestras preguntas?

Am. Este es el estilo.

Del. Quedo enterado.

Jev. Pero el apuntarnos las alabardas al pecho, es ¿tambien estilo de esta casa?

Am. Seguramente.

Del. (Siendo así, fuera miedo, y recobro aliento.)

Lam. (A qué diablos de casa hemos venido á parar!)

Am. Es estilo de familia, en esta casa, que quien quisiere sentarse, se sienta, y quien no, haga como mejor le parezca. (*Toma una silla y se sienta.*)

Jev. Ya que el estilo nos lo concede, sentémonos tambien, y yo me pondré á este lado junto á la señora. (*Toma tambien una sìlla, y se coloca á la derecha de´los actores, para dejar descubierta la puerta de salida, que estará á la izquierda, ó al reves conforme se disponga lo escena.*)

Lam. Yo al otro lado.

Am. Es estilo aquí, que todas las mugeres de la casa se sientan aisladas.

Del. Vamos pues al otro lado de Jevré.

Lam. Si, vamos. (*Lo hacen.*)

Am. (*Examinándolos y despues de un momento de silencio.*) En cuanto á vuestro personal, la fama no miente. Tendrémos que ver ahora, si los corazones corresponden à la figura esterior y á las fisonomias.

Del. (No lo dije que queria elegir á uno de nosotros para marido!)

Lam. El principio parece que se dirija efectivamente á esto.

Del. (Mira tú si habia de tramarnos ninguna acechanza.)

Jev. (Y no es fea.)

Del. (No de veras.)

Am. Cómo os llamais?

Jev. Jayme Jevré.

Am. Y vos?

Lam. Teodoro Lamote.

Del. Y yo Leandro Delté.

Am. Es estilo de familia, señor Leandro, que no se responde aquí, sino cuando se pregunta. Perdonad.

Del. Me conformaré con el estilo de aquí adelante.

Am. Lo celebraré infinito. Por lo que toca á vuestros nombres y apellidos, diré que el primero no me parece feo, que el segundo es hermoso, y el tercero magnífico. Ahora sabed, que hace once dias que quedé viuda; y que semejante estado empieza ya á fastidiarme: por lo que pretendo casarme de nuevo.

Jev. ¡Tan pronto!

Am. Las viudas de esta casa tienen el estilo de llorar y respetar la muerte del difunto marido diez dias cabales.

Lam. (¡Bravo!)

Del. (Esta muger nos hace reir de gana.)

Jev. (Y á mí de rabia.)

Am. Mi marido.... pobrecito, murió de muy mala muerte. Cuando me acuerdo de ello, no puedo ménos de llorar.

Del. Para no entristeceros mas, dejad señora, de hablar de los muertos.

Am. Volvamos pues al asunto empezado. En esta casa se tiene el estilo de asegurar á

las señoras cuatro cientos mil francos.

Lam. (¡Buen bocado!)

Am. Y si la desgracia quisiera, (cosa muy difícil) que el marido sobreviviese á su esposa, recibiria otra igual cantidad, ó tal vez mayor.

Jev. (¡Qué suerte!)

Am. Pero es estilo de familia el que los maridos precedan en el sepulcro á su mugeres.

Jev. (Con estos malditos estilos de por medio, no me casaria con tal muger, aun cuando trajese en dote los tesoros de Creso.)

Am. Siendo libre de elegir al sujeto que me guste, y habiendo deliberado el pasar ya á otras bodas, os hice venir, por ser los que teneis fama de ser los mas completos lechuguinos de Paris, á fin de tomar por esposo á uno de los tres.

Del. (Por lo menos aquí no se gastan rodeos.)

Am. Voy pues á la conclusion.

Jev. Este es el modo. El que pierde el tiempo en vano ofende á la naturaleza.

Am. Vos no me disgustais.

Jev. Es una fortuna para mí.

Am. Ese otro me gusta todavía mas.

Lam. Me dejais verdaderamente confuso.

Am. Pero el tercero os vence á entrambos, y es el que elijo por esposo.

Del. Doy mil y mil rendidas gracias á la suma bondad de esta señora.

Jev. (No se lo envidio.)

Lam. (Lo mismo digo.) Amigo sea muy enhorabuena.

Am. Esto es, porque tiene mucha semejanza á mi difunto marido. Ojos vivarachos, frente espaciosa, cejas pobladas, y arqueadas,

nariz afilada, mejillas coloradas, boca risueña, dientes de alabastro, barba redonda, buen cuello, y luego....

Del. (Se ve que esta muger lo entiende.)

Jev. (Mira, Lamote, como se pone ufano aquel vanaglorioso.)

Am. Quiera el benigno cielo que no deba tener el deplorable fin de mis anteriores maridos.

Jev. ¡Con qué habeis tenido mas de uno!

Am. Este será el cuarto.

Del. (Misericordia!)

Jev. (Y estoy persuadido que tiene ganas de llegar al quinto, al sexto, al séptimo y al octavo.)

Del. (No entiendo el valor de semejante proposicion.)

Jev. (¿No oiste que por estilo de familia, los maridos deben preceder en el sepulcro á sus esposas?)

Del. (¡Necedades!)

Jev. (Pronto saldrémos de duda. Preguntadla de que enfermedad murieron los otros tres.)

Del. (Al instante.) Una vez que habeis querido, señora, entristeceros con el recuerdo de vuestros tres difuntos esposos; hacedme la gracia de esplicarme como los perdisteis.

Am. El primero, pobrecito, habiendo absorvido un flúido no homogeneo á su persona, cesó de vivir al cabo de tres meses de nuestra union conyugal.

Jev. (Esto quiere decir que murió envenenado; y va uno.)

Del. Pasemos adelante.

Am. El segundo, á las seis semanas de habernos casado, como tenia una escesiva pa-

sion á tender lazos á los pájaros, habiéndose inclinado fuera de la barbacana de un techo, cayó en el patio del palacio, y se hizo una plasta.

Jev. (Es decir que lo arrojaron abajo. Y van dos.)

Del. (De solo figurarme los terribles últimos momentos en que aquel infeliz estaria, defendiéndose de los que iban á arrojarle, me viene calentura.)

Am. El tercero, mas desgraciado que los otros, empeñado siempre en subir á los árboles, para coger por sus propias manos los frutos del otoño, resbaló de uno, y habiéndose enredado su cabeza en unas ramas torcidas, que salian á manera de dogal, quedó desgraciadamente colgado por la garganta, y murió en la sufocacion.

Jev. (Es decir ahorcado.)

Del. (Madre mia de mi vida.)

Am. Ahora falta ver cual será la suerte que os tocará á vos, que sois el cuarto.

Del. Siento infinito, apreciable señorita, el tener que perder una fortuna como esta; pero....

Am. Concluid.

Del. No soy bueno para casado.

Am. ¿Porqué?

Del. Tengo mis impedimentos.

Am. Eso importa poco. Es estilo nuestro que cuando las plantas son inútiles se cortan, para poner en su lugar otras mejores.

Del (Esto es hablar claro. ¡Pobre de mí!) (*Suena dentro una campanilla.*)

Am. ¡Ola! (*Dando otro golpe igual de campana.*)

Del. (Qué significaria ese doble campanilleo !)
Jev. (Dios lo sabe.)
Lam. (Mucho temo, que tendré de ser testigo de algun grande espectáculo.)

ESCENA V.

Dichos, Hermenegilda, Susana y Crispin.

Del. (¡Qué es lo que veo!)
Jev. (¡Aquí Hermenegilda!)
Lam. (Y con ella Susana y Crispin!)
Del. (Mi confusion no puede ser mayor.)
Her. Apreciabilísima y muy respetable Dama. permitidme que en muestra de mi mas obsequioso respeto.....
Am. ¿Quién sois?
Her. Hermenegilda de Albrun, á vuestras órdenes.
Am. ¿Qué queréis en esta casa?
Her. Supe que buscabais una camarera activa....
Am. ¿Y lo sois vos?
Her. A lo ménos me jacto de ello.
Am. ¿Quién os envia aquí?
Her. Mi tio.
Am. ¿Cómo se llama?
Her. Alfonso Lindorac.
Am. ¡Escelente sugeto! Le conozco y aprecio.
Her. Favor que le haceis.
Am. ¿Y Lindorac permite que una sobrina suya vaya á servir?
Her. Esta mañana me habia prometido asilo y hospitalidad. Esta tarde le he hallado de distinto parecer.

Am. No sabeis porqué?

Her. Recelo, señora, que la avaricia en su corazon sea superior á todo otro afecto.

Am. Puede ser, porque.... Basta. Me informaré. Entretanto, por respeto al señor Lindorac, no os digo que volvais. Pasad á los otros cuartos y unios con las demas camareras.

Her. Antes de hacerlo, concededme, señora, lo que voy á suplicaros. Estas dos buenas y honradas personas desearian tambien conseguir la gracia de vivir en esta casa.

Am. ¿Qué saben hacer?

Her. La muger cose y borda perfectamente.

Am. ¿Y el hombre?

Her. No sirvió jamas. Hasta ahora ha hecho siempre zapatos, pero tiene ingenio y podrá ser útil en poco tiempo.

Cris. (¡Qué diablos está ensartando!)

Sus. (Déjala hacer y calla.)

Crisp. (Pero sabes que siempre he hecho zapatos, y quiero seguir en mi oficio hasta que muera.)

Her. ¿Qué me respondeis, señora?

Am. Acepto á la muger, pero no sabria que hacerme del hombre. Verdad es que estando para casarme luego, necesitaré de mas gente. Haced una cosa. Llevaoslos á dentro, y aguardad allí mis ulteriores disposiciones.

Her. Quedaréis obedecida. (*Vase.*)

Sus. Soy servidora vuestra. (*Idem.*)

Crisp. Y yo igualmente. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Dichos, ménos Hermenegilda, Susana y Crispin.

Am. ¿Qué os parece, caballeros, de mi nueva camarera?

Del. No entiendo nada en esto. Tal vez....

Am. El primer aspecto parece que da buenas esperanzas.

Lam. Si, pero....

Am. La otra me parece tambien de una fisonomía interesante....

Jev. No hay duda; si....

Am. Tal vez.... Pero.... Si.... Con esas palabras truncadas destruis todo el buen agüero, que habia formado de ellos. Habladme con franqueza. Sabeis algo contra esas gentes?....

Jev. Nó decimos que....

Am. Decís lo bastante para hacerme entrar en desconfianza.

Lam. (Esto es lo que deseamos.)

Del. (Es claro,)

Jev. Cómo? Señora? ¡tan fácilmente mudais!...

Am Ignorais acáso que los *si*, los *tal vez*, y los *pero*, aunque no sean patentes muestras de desaprobacion, ni madres fecundas de dudas venenosas; son sin embargo unas limas sordas de finísimo temple, que roen el mérito real de la mas incontaminada honradez? Por egemplo, dice uno, Antonio es un hombre honrado; no hay duda, pero... Con aquel maldito *pero* deja de ser tal á la vista de Julian que lo oye, y así de lo

demas. A vosotros no os considero capaces de engañarme, y en prueba de ello, vais á ver (*toca una campanilla y sale un criado*). Echarás inmediatamente de mi palacio á los tres individuos que llegaron últimamente, Por un cierto respeto de su mendicidad, les entregarás este bolsillo, pero que no se presenten mas aquí. (*El criado se va por la puerta que salieron los tres.*)

Jev. (¡Qué resuelta es!)

Lam. (Y por lo mismo sensible.)

Del. (Entretanto aquellos tunantes serán echados de aquí. Lo celebro infinito.)

Am. Volviendo á nuestro primitivo discurso, suplico á esos otros dos caballeros, que tengan la bondad de asistir al banquete de bodas.

Jev. Nuestras ocupaciones....

Lam. Nos es imposible....

Am. No es estilo en nuestra familia que se contradiga á las damas.

Del. Pero yo... como poco hace os dije, no soy bueno para el matrimonio.

Am. Harémos que lo seais. Si, lo seréis, lo seréis. (*Se oye otro golpe de campanilla, el cual Amalia corresponde.*)

Lam. (¡Y qué será ahora ese otro campanilleo!)

Jev. (Verémos.)

Del. (No tengo sangre en mis venas.)

ESCENA VII.

Dichos, Alberto y Domicio.

Am. Si, no me equivoco, sois el señor Alberto Blumer. (*Alzándose alegre.*)

Alb. El mismo.

Am. Y por consiguiente, ese jóven debe de ser vuestro escelente hijo?

Dom. Quien tiene el honor de saludaros con todo respeto.

Am. Sois muy cumplido: hacedme el favor de tomar asiento.

Alb. Con mucho gusto. (*Se sientan.*)

Del. (A qué diantres habrán venido esos dos?)

Jev. (El diablo que lo adivine.)

Alb. Habiendo recibido un billete....

Am. He tenido el gusto de quereros conocer.

Alb. Todo bondad de vuestra parte.

Am. Y mérito de la vuestra.

Alb. Desearia pues....

Am. ¿No habla nunca ese caballerito?

Dom. Callo, porque á la verdad no tengo cosa interesante que decir.

Am. Si interesais tanto cuando hablais, como cuando callais, seréis un caballero perfecto.

Alb. Señora mia, estoy deseoso de....

Am. ¿Cómo os llamais caballerito?

Dom. Domicio Blumer.

Am. Agradable nombre!

Alb. Y bien, señora, ¿podré finalmente saber...

Am. Señor Alberto mio, el estilo de esta casa es que no se interrumpa al que habla, y lo habeis hecho ya cuatro veces.

Alb. Sea como decis.

Am. Sois casado?

Dom. No señora.

Am. ¿No pensais todavía en tomar muger?

Dom. Quién sabe?

Am. Casi siempre las irresoluciones de los hijos nacen de la voluntad de los padres. De-

cidme pues vos, señor Alberto, lo que haya sobre este particular.

Alb. Debo hablar ó callar?

Am. Debeis hablar.

Alb. Gracias al cielo. No me niego á informaros tan circunstanciadamente como querais, relativamente á mí y á mi hijo; pero ántes desearia saber....

Am. ¡Qué hombre tan estraño sois! A cada instante os salís del testo.

Alb. (¡Què carácter de muger es este!)

Am. ¡Pobre Domicio! Os compadezco de veras. La suerte os ha dado un padre poco discreto é inconsecuente.

Alb. Estraño este modo de hablar.

Am. Vamos, vamos: no os enfadeis por tan poca cosa.

Alb. Sino mudais de tecla conmigo voy á romper todas las flautas del órgano.

Am. Estais hecho un furioso.

Alb. Nadie me ha perdido jamas el respeto, ni yo lo pierdo jamas á nadie.

Dom. Reportaos por Dios, y tened prudencia.

Am. Bravo! un padre necesita que su hijo le dé consejos.

Alb. ¡Aquí no hay ya mas aguante.... votova....

Am. Ola! ola! señor Alberto. (*Con altivez.*) Tened respeto al lugar, á las circunstancias, á la persona, que teneis delante, ó temblad.

Alb. Los viles, los malvados; los picarones deben temblar; mas no yo.

Amr ¿Qué sois pues vos?

Alb. El espejo de la honradez.

Am. ¿Quién me lo asegura?

Alb. Paris entero.

Am. Sin tener necesidad de recurrir á toda una poblacion, señaladme vos mismo un solo rango virtuoso que me pruebe que sois tal como decis y me daré por satisfecha.

Alb. Voy á daros una y muy reciente. El comerciante Vayner de Marsella, en cuyo poder tenia yo muchos fondos, acaba de quebrar. Hace algunos dias que habia tenido yo noticias de la horrible desgracia que me amenazaba, y que me sumerge en el abismo de la miseria. Yo hubiera podido valerme en parte de los fondos agenos, que bajo mi buena fe me habian entregado; pero mas bien quise quedar un infeliz, que quebrar dolosamente, faltando á mi honor y á mi hombría de bien.

Am. Siendo así, sois un escelente sugeto. ¿Pero que dejaréis à vuestro hijo?

Alb. La honradez.

Am. Esta bella prerogativa, sin el acompañamiento de la riqueza, tiene muy poco valor en el dia.

Alb. Terrible verdad, pero cierta.

Am. Las riquezas son enteramente necesarias para hacer brillar la virtud; y nadie mejor que yo podrá proporcionarle este bien, sino desprecia mi mano con cuatro cientas mil libras.

Del. (Yo se la cedo gustoso.)

Lam. (Yo tambien.)

Jev. (Y yo igualmente.)

Am. Habeis enmudecido?

Dom. No señora. Vuestra oferta, hecha tan repentinamente, me sorprende y me confunde.

Am. ¿Pero la aceptais?

Dom. Celebraria poder hacerlo, para correspon-

der á vuestra bondad, y servir de un grande alivio á mi pobre padre; pero mis lábios no podrian juraros la entrega de un corazon, que otra muger, tan pobre como vos rica, me ha arrebatado hoy mismo. Sé que no me será posible verificar mi casamiento con ella; pero á lo ménos viviré soltero, y me alimentaré de esperanzas.

ESCENA VIII.

Dichos, Hermenegilda de gala, Susana, Crispin, camareras, criados con luces y cuanto pueda contribuir naturalmente á realzar la pompa de esta escena.

Her. Que yo haré que pasen á realidades en este mismo momento.

Dom. ¡Qué es lo que veo! ¡Hermenegilda!... ¡Vos! Aquí! ¡En qué estado!...

Alb. ¡Qué escena es esta!

Lam. (¡Hermenegilda!)

Jev. (¡Ah! que nadie lo habia adivinado mejor que yo!)

Del. (¡Qué acontecimiento tan inesperado!)

Her. Domicio! ¡Querido Domicio! Tú eres mio! ¡Yo seré tuya para siempre! Tuyas serán mis inmensas riquezas, con la libertad que te doy de que sirvan de alivio á tu escelente padre, que desde hoy lo será mio!

Dom. Válgame Dios! ¡Qué aventura es esta tan estraordinaria! El esceso del regocijo me tiene absorto. ¡Hermenegilda!

Her. No es este mi nombre.

Alb. No? ¿Pues cual? Cómo os llamais?

Her. Virginia de Valverde, hija única del difunto Derillon de Valverde, y vuestra respetuosa nuera.

Del. ¿ Qué es lo que decis ?

Alb. ¿ No lo habeis oido ?

Del. ¿ Quién es pues esa Dama ?

Am. Amalia, Camarera de la señora Virginia. (*Pónese á un lado.*)

Del. (¡ Que es lo que me sucede !)

Jev. (¡ Pobre Delté, viudo ántes de ser casado !)

Lam. (Vaya un lance !)

Her. Recibe, Amalia, el premio de la cómica escena que imaginaste, y ejecutaste tan bien. (*Le da un anillo y una bolsa.*) Toda la demas servidumbre de casa tendrá una recompensa correspondiente al celo que han manifestado en la ejecucion de mi proyecto.

Alb. Pero hacedme el favor de esplicarme como pudisteis....

Her. Deseais sin duda saber los motivos de mi trasmigracion. Voy á satisfaceros, que ya es hora.

Cris. Callen todos, que no es cosa de perderse una sílaba de cuanto nos va á decir.

Sus. Pues sé tú el primero en callar, charlatan imprudente.

Her. Escuchadme. Desde muy tierna edad quedé huérfana en la ciudad de Lion. Un tio paterno se encargó de mi educacion, y crecí bajo su virtuoso egemplo hasta la edad de veinte años, aprendiendo muy temprano á conocer el mundo y las relaciones y leyes sociales. Hace cerca de un año que mi buen tio, al cabo de una penosa y larga enfermedad, cesó de vivir. Como era

justo, siendo yo la única persona que habia quedado de la familia de los Valverdes, me hallé heredera universal de un pingüe patrimonio, sin que en ningun testamento se me pusiese sujecion alguna, relativamente á tutores, ó curadores. No conviniéndome pues por infinitas razones el permanecer en un estado de independencia. resolví casarme. ¡Oh! ¡Cuántos y cuántos partidos se me presentaron luego en aquella ciudad! Con esto me fué facilísimo conocer que el estraordinario tropel de pretendientes, nacia no del deseo de mi mano, sino de la codicia de mis riquezas; resolví trasladarme á Paris con toda mi familia y alojarme en este palacio, que fué la habitacion de mi difunto padre. Dí las órdenes correspondientes, y tomando el trage pobre, quise fingirme tal por algun tiempo, deseosa de encontrar, en aquel estado de abatimiento, un compañero: introdújeme pues en casa de Crispin, el que creyéndome pobre, me dió acogida en ella. Fastidiábame de un estado y de una situacion que no escitaba la curiosidad de nadie, y tomé la determinacion estraña y singular de hacer circular el consabido impreso. Este me hizo conocer entre otros á Delté, Lamote, y Jevré, como tambien al virtuoso Domicio, que fué el que ya á la primera visita elegí en mi interior por compañero inseparable mio, y dí gracias al cielo por los varios lances que en poquísimo tiempo me han hecho conocer sus prendas, y el carácter de los demas.

Alb. Tanta astucia unida á la honradez y á

las riquezas, es una cosa poco comun en el mundo.

Cris. ¡Quién habia de figurarse jamas que fuese una dama de primera órden! ahora el que fuese magnánima y virtuosa eso lo conocí al olor.

Sus. Yo, mas fina que tú, lo sospeché al instante.

Cris. ¡Tú! no puede ser?

Sus. Testigo la misma señora Virginia, á quien se lo dije, cuando ví el empeño con que tomó mi defensa.

Cris. Ya, en el momento en que esos señores...

Sus. Eso mismo.

Cris. ¡Viva mi esposa! De aquí en adelante, á vista de tanta perspicacia, diré que eres la mayor de todas las zapateras del mundo.

Dom. Yo no acierto á salir de tan delicioso éstasis! ¡Muger rara! ¡Muger admirable! Tú serás siempre... Mi corazon... Ah! Que el esceso del placer me quita las palabras.

Her. ¿Qué dirian las gentes de mi estravagancia? Los lechuguinos de café, los Jevré, los Lamote, los Delté, famosos fabricantes de mentiras é imposturas; ¡con cuánto empeño no se esmeraràn en hacer tomar à este acontecimiento un aspecto y un color enteramente distinto de la realidad!

Lam. Señora, nosotros....

Her. La sociedad necesitaria, para quedar límpia de vuestra hedionda hez, que este pacifico asilo, hubiese sido el que la supuesta Virginia de Valverde pudo (*señalando á Amalia*) haceros sospechar que fuese, en medio de vuestros ridículos temores.

Jev. Os aseguro que...

Her. Mi corazon está enteramente cerrado á las protestas de sugetos de vuestro calibre, ni vosotros teneis necesidad de hacerlas aquí por esperanza ó temor de este lugar que es y será siempre la mansion del honor y de la virtud.

Del. Desde hoy en adelante....

Her. ¿Qué os sentiriais con bastante fuerza para mudar de costumbres y emprender otro sistema de vida. Esto es posible, si, pero muy difícil. Los vicios que en los corazones de los jóvenes inconsiderados y ociosos suelen introducirse con tanta facilidad, salen despues tarde, ó nunca; y para ello se necesitan grandes ejemplos y grandes escarmientos. Vos, Delté, id á contar á vuestro escelente padre que estoy ya casada, añadidle que la propuesta, que me habia hecho de vos para mi esposo, no puede verificarse, porque os he conocido, y no nació para vos Virginia de Valverde.

Del. ¡Qué es lo que oigo!.... Con que vos erais la que....

Her. Si, yo era; pero dejémonos de conversaciones, y dejadnos para siempre.

Del. Malhaya mi suerte. (*Vase.*)

Jev. (Esta muger me ha humillado.) (*Id.*)

Lam. (Me avergüenzo de mí mismo.) (*Id.*)

Cris. Adios, señores lechuguinos. Adios, adios.

ESCENA IX.

Dichos ménos Delté, Lamote y Jevré.

Alb. Ya llevan su merecido sambenito.

Her. Quiera el cielo que la leccion de hoy les

escarmiente, y les haga mudar de sistema. Y pues nos han dejado libres, olvidémoslos y pensemos en nuestros asuntos. Abrázame, Domicio.

Dom. ¡Oh esceso de placer!

Alb. Yo lloro de alegría.

Sus. Bien haya la señora Virginia!

Am. Viva mi ama!

Cris. Viva mil años.

Her. Rodeadme, queridos, y vamos á celebrar juntos el dia mas venturoso de mi vida. ¡Ojalá mi acertado capricho pueda ser un verdadero aviso á las solteras.

Fin de la comedia.

)MEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO de 8.º

)ate l' Epee.
:elina.
lolfo y Clara ó los dos presos.
;amenon (tragedia).
i-Bek
nantes generosos.
nor y la intriga.
'aro (el).
lla labradora.
lifa de Bagdad (òpera).
cilia y Dorsan.
hismoso (el).
ementina y Desormes.
onde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos, ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

mor por el tejado ó la Marcela.
ndaluza en el laberinto.
tahualpa (tragedia)
lanca y Montcasin (tragedia),
osque peligroso.
ruto ó Roma libre (tragedia).
abeza de bronce.
adma y Signoris.
alavera (el).
aliche.
amila (tragedia).
asamiento por fuerza.
astillos en el aire.
itas (las).
itas debajo del olmo.
ocinero (el) y el secretario.
ondesa de Castilla.
onjuracion de Venecia.
ontrato anulado.
oquetismo y presuncion.
'ostumbre de Antaño.
uantas veo tantas quiero.
)eber y la naturaleza.
). Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
D. Dieguito.
Edipo (tragedia.)
Eduardo y Federica,
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa,
Enamoradizo (el).
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Escuela de la Amistad.
Guzman (tragedia.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia)
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia)
Numancia destruida (tragedia)
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Ràbula (tragedia)
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años; ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y los calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la)
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la Madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.